

MOGOLIA.—RELICARIO BUDISTA DE COBRE EXISTENTE EN EL SIN-KONG DE JEHOL.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn. (Pág. 179)

CARTAS DE MISIONEROS

PUTEMPALLY (INDIA INGLESA)

Fiesta de Familia

DE tal puede convenientemente apellidarse la fiesta de nuestra Madre la Virgen del Carmen celebrada en nuestro convento de Erna-Kulam. Numerosos hijos, todos cuantos no ligados por negocios del ministerio acudir pudieron, congregados al rededor del altar de la Virgen, como agradecidos pequeñuelos en torno del regazo materno en el día de la fiesta de la que les dió el ser, sin duda alguna que ofrecen un espectáculo consolador, mezcla de poesía, amor filial y devoción tierna y sincera. Son ratos de expansión del alma que la mano de la Providencia reserva al misionero que, solitario en su capillita durante largos meses, trabaja con sus pobres cristianos. ¡Mil veces bendita sea mano tan suave y paternal!

La víspera de la fiesta por la tarde nos reunimos en el indicado convento, por cuyos alrededores, cantadas solemnes vísperas, paseamos en procesión la estatua de nuestra Patrona. Los indios la saludaban con ensordecedoras explosiones como acostumbra. Para estas sencillas gentes el esplendor de semejantes solemnidades consiste en desconcertada gritería. La Salve carmeli-

tana, llena de atractivo para estos pueblos lo mismo que en esa nuestra patria, puso digno remate á los actos de la vigilia.

El día siguiente era la fiesta de la Madre: nuestras humildes campanitas parecían esforzarse sobre su pequeñez para extender el llamamiento á los Oficios divinos hasta las más separadas chozas, y numerosos fieles acudieron á nuestra iglesia desde el romper del alba. A las seis y media nuestro amado señor Arzobispo distribuyó la sagrada Comunión y acto seguido, en tierna y paternal plática, los exhortó á la devoción al santo Escapulario y á llevarlo continuamente como áncora de salvación y signo del amparo de la Virgen. A las ocho y media tuvimos Misa cantada en la que ofició de preste el Vicario General de la archidiócesis, acompañado de otros dos Padres. El coro ejecutó una Misa del maestro Perosi. El sermón en lengua malabárica estaba á cargo del M. R. P. Buenaventura, M. A., profesor en nuestra escuela de San Alberto. El M. R. Padre Superior de la Comunidad, según el privilegio carmelitano, dió la bendición Papal y nuevamente paseamos en triunfo á nuestra Madre por las cercanías del convento. Formaban la procesión las alumnas internas de nuestras Religiosas, los internos de nuestro colegio, los huérfanos, seminaristas y cofrades del Carmen, presi-

didos por nuestro M. R. Padre Vicario Provincial. Durante ella se repitieron las explosiones y ruidos de costumbre. Finalmente, el oficiante bendijo á los concurrentes con una estatuita de la Virgen.

Así concluyó la fiesta que á lo religioso y devoto añadía lo jovial, expansiva y alegre, con esa alegría, mitad divina, mitad humana, que solamente han experimentado aquellos quienes tras largo tiempo de ausencia se reúnen en el hogar doméstico atraídos por los encantos maternos. Mas nuestro gozo, aunque puro y santo, tocó á su ocaso, y con el sol poniente y el atardecer triste, nos separamos de nuestro convento, partimos de la amena conversación de los hermanos para dirigirnos al puesto de lucha y trabajo en que Dios y los Superiores nos han colocado en beneficio de las almas. Un abrazo á nuestros amados hermanos en religión, una plegaria á la Madre querida y cada uno salió para su destino.

FR. BRUNO DE SAN JOSÉ,
Carmelita Descalzo.

Seminario de Putempally, 17 Julio de 1911.

JAFFNA (CEYLAN)

La obra de los cigarreros

Recomendamos á la caridad de nuestros lectores la siguiente Obra, que creemos ha de ser fecunda en excelentes resultados para el Catolicismo de Jaffna.

Los lectores de *Las Misiones Católicas* seguramente no habrán oído hablar de esta naciente Obra india. Esperando serán de su agrado, les envío los siguientes detalles, y confío querrán ser indulgentes con el humilde Hermano que ha trazado estas líneas, más habituado á empuñar herramientas que á manejar la pluma.

La península de Jaffna está situada al Norte de Ceylán. Es poco productiva á causa de la falta total de ríos y de las largas sequías que sufre. Sin embargo, uno de los productos que en ella prosperan es el tabaco, cuyo cultivo ocupa buena parte de la población y la ayuda á vivir, aunque muy pobremente.

Este tabaco, cuya calidad no es ni con mucho igual á la del de Manila ó de Gava, por ejemplo, es, sin embargo, bastante apreciado. Una parte es exportado al Sud de la India, pero la mayoría se emplea en la confección de los *Jaffna Cigars*, tan renombrados entre los fumadores y fumadoras de nuestra isla.

Según un cálculo, cerca de un millón y medio de cigarros salen diariamente de Jaffna y de los pueblos vecinos. Todos estos cigarros son confeccionados á mano por jóvenes y niños, que hallan en este trabajo, por otra parte muy poco remunerado, los medios de subsistencia. Un cigarrero hábil hace, por término medio, 750 cigarros diarios, lo que le reportará 8 annas, que son 80 céntimos de franco. Algunos de estos jóvenes obreros son cristianos, pero la inmensa mayoría es pagana, y, como todos trabajan juntos en las manufacturas de cigarros, fácilmente se comprenderá cuántos inconvenientes tiene este contacto cotidiano de nues-

tra juventud católica con sus compañeros de trabajo paganos.

Para remediar este mal, nuestro buen obispo, el Ilmo. Sr. Joulain, tuvo á bien permitir, hará unos diez años, el establecimiento de un Patronato para la juventud obrera de nuestra ciudad, poniéndome á mí al frente de aquella obra. El Señor la bendijo, y á pesar de las equivocaciones y poca habilidad del Hermano Director, logró arraigar y revivir en esa tierra de Jaffna.

Creiendo que el relato de aquellas mis primeras torpezas podrá quizás interesar á los lectores de *Las Misiones Católicas*, sobre todo á aquellos que se ocupen en obras similares, voy á exponer el método que he seguido y á poner de manifiesto que, por más que se diga, estas obras pueden arraigar aun en países de Misión, sobre todo si son dirigidas conforme al método que he adoptado y cuya eficacia la experiencia me ha demostrado. Esta breve relación probará, así lo espero, que semejantes obras hacen en Jaffna un bien inmenso, y que sería de desear se estableciesen en todas partes donde fuese posible.

Cuando se decidió establecer este Patronato, en vez de empezar humilde y paulatinamente, lo que siempre atrae las bendiciones del Señor, empecé, á imitación de lo que se hace quizás demasiado generalmente, haciendo mucha propaganda. Hice anunciar por todas partes que ciertos días y en cierto lugar se tendrían unas reuniones especiales á las que se invitaba á todos los niños y jóvenes de la Misión y en las que encontrarían campo y juegos con que poder divertirse. El domingo siguiente la asistencia fué considerable. El pequeño recinto puesto á nuestra disposición no podía contener tanta gente. ¡Y qué batahola movían! Era imposible hacerse oír y más aún hacerse obedecer por aquellos diablillos que nunca habían acatado otra voluntad que la propia. Como los juegos de que disponía distaban mucho de bastar para todos, resultaba que se los disputaban y arrancaban de las manos armando continuas camorras. Lo reducido del local no permitía organizar juegos, carreras, saltos y otros por el estilo, que hubieran podido ocupar buen número de aquellos galopines —(gracias á Dios, el patio aquel se ha ensanchado después más del triple).—Y lo peor de todo era la cuestión de las castas, con la cual no había contado, y que vino á poner el colmo al desorden. Hubo niño de la casta de los *trepadores* que se atrevió á beber en el pozo común... Los *vellalers* pretenden hacer observar la antigua costumbre del país, que quiere que los individuos de casta inferior se hagan echar el agua en la mano cuando quieran apagar su sed en un pozo común á fin de que no *contamine* el agua de que todos han de beber... En una palabra, el domingo aquello era un campo de Agramante, más aún, un verdadero infierno; y no teniendo, por otra parte, nadie que me ayudara, no sabía cómo arreglármelo.

Al fin sucedió lo que no puede menos de suceder en toda obra comenzada con mucho ruido y pocas nueces. La mayoría de los chicos, atraídos sólo por la curiosidad, se cansaron pronto de mis juegos y clases de catecismo y no volví á verles ni la sombra. Mucho más reducido el número de los asistentes, respiré satisfecho

esperando que reinaría el orden en mi rededor y que los 40 ó 50 asistentes perseverarían y prosperarían. La experiencia, con despiadada mano, vino á enseñarme que 40 ó 50 eran demasiados para empezar sólidamente: el caso fué que á las pocas semanas de regularizada la obra resolví premiar á los asistentes con algunos objetos de piedad, dando, como era justo, los mejores á los más asiduos y entusiastas, pero quiso mi mala suerte que fueran éstos los más pequeños, lo cual disgustó tanto á los grandullones que abandonaron el local gritando y asegurando que no volverían á poner los pies en el Patronato. El suceso no era de los que alegran ni regalan halagüeñas esperanzas: evidenciaba que el director necesitaba ser dirigido. El buen Dios se dignó concederme este director poniendo en mis manos el excelente libro del canónigo Timoteo David, fundador en Marsella de un Patronato para la juventud (1). En esta obra encontré excelentes consejos para la acertada dirección de mi naciente obra en favor de los indios y para dotarla de este espíritu sólidamente cristiano que es el único que Dios bendice, y además numerosos detalles prácticos para su perfecta organización.

Paulatinamente, gracias á la nueva organización y gracias también al buen ejemplo de los que habían perseverado, muchos de los mal aconsejados de los primeros tiempos han vuelto, prometiendo ser constantes y buenos, y en la actualidad cuento con unos doscientos jóvenes de cuya religiosidad y asidua asistencia estoy satisfecho.

Partiendo del supuesto de que la generalidad de mis lectores españoles desconocen el método practicado, séame permitido indicar que una de sus principales ventajas es la de exigir escasísimo personal para dirigir las obras, aun las más importantes. Los individuos de la obra han de ser los mejores y más entusiastas auxiliares del director.

Para lograr este resultado deben organizarse entre los jóvenes que más se distingan por su piedad, asociaciones, que llamaremos secundarias, que perseguirán los fines: 1.º de hacerles avanzar en la perfección cristiana, y 2.º de ayudar al Director á llevar adelante la obra. Estas Asociaciones celebran de vez en cuando reuniones particulares, se les dan instrucciones *ad hoc* y... cuando los fondos lo permiten, un fraternal banquete, que aumenta la amistad entre sus individuos y les compensa de los desvelos y fatigas con que han procurado el bien de sus hermanos.

Por mi parte estoy convencido de que gracias á las dos Asociaciones secundarias establecidas en la Obra, á saber: la del Sagrado Corazón para los mayores y la de la Santísima Virgen para los menores, he logrado tan excelentes resultados. Además, ¿qué hubiera podido hacer yo solo y cargado de otras muchas ocupaciones, sin la inapreciable ayuda de mis mejores asociados? Y para que no pueda decirse que el éxito obtenido haya sido hijo de las circunstancias del lugar ó de las personas, añadiré que, cuantos han seguido con solicitud y perseverancia este método han logrado iguales resultados. Excelente ejemplo de ello es otra obra india, establecida en otro departamento de esta Misión, y que

vive y prospera bajo la dirección del Hermano Manuel, que es uno de nuestros legos indígenas.

Para mejor demostrar el bien que se hace en las almas de nuestros cigarreros católicos, citaré algunos ejemplos. Testigos de ello son los Padres misioneros encargados de la dirección de sus almas; y este avance en el bien se evidencia muy especialmente en la frecuencia regular de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. No hemos aún logrado esta Comunión frecuentísima tan deseada y aconsejada por nuestros Pastores, pero muchos de nuestros jóvenes comulgan cada domingo y alguno varias veces la semana. ¡Ojalá luzca pronto el día en que la Comunión diaria sea la regla general!

La piedad produce el celo, prueba elocuente de ello es que ya hemos formado entre nuestros jóvenes una Conferencia de San Vicente de Paúl. Los miembros de esta Conferencia son pobres, sólo á fuerza de abrumador trabajo logran vivir y deben algunos de ellos ayudar á sus padres viejos é imposibilitados por el trabajo. A pesar de lo cual, como la caridad es ingeniosa, saben cada semana ahorrar algo para socorrer á otros más desgraciados que ellos. Para lograrlo se valen de distintos medios: un grupo recorre los primeros días de cada mes la ciudad pidiendo arroz para los pobres. Gracias á ellos, renace y se extiende una conmovedora costumbre en otros tiempos popular en esta región. Me refiero al *puñado de arroz* para los pobres. Cada vez que la madre de familia preparaba el arroz para los suyos, cogía un puñado y lo separaba destinándolo al primer mendigo que llamara á su casa. Hoy pasan de trescientas las familias que recogen este puñado de arroz, el cual es distribuido por la Conferencia á treinta familias pobres, sin distinción de religión.

Una pequeña biblioteca que contiene libros tamulés les facilita también la propaganda de las buenas lecturas entre los cristianos de esta Misión. Uno de ellos reúne por caridad los niños pobres de su barrio que no pueden asistir á la escuela de día; para ello ha construido cerca de su casa una cabaña con hojas de cocotero y allí, á la caída de la tarde, congrega estos niños, les enseña el catecismo y la lectura. El mismo guarda también en su casa cierto número de vestidos que presta á las personas pobres para que el domingo puedan asistir decorosamente á la Misa.

Si nuestros jóvenes no olvidan el cuidado del cuerpo, anhelan sobre todo el de las almas, y no solamente entre los católicos, sino también de las almas de los paganos. Sus compañeros cigarreros reciben de modo especial sus cuidados, y ya gran número de ellos les deben la gracia de la conversión. Citaré entre otras la de Canager, de la cual tengo á bien recordar la vida y muerte tan edificantes. Este joven pagano, cuyos años no pasarían de quince, fué hábilmente cogido en el lazo que sus amigos católicos le tendieron. Cuando uno de ellos me lo presentó, —Hermano, me dijo, hoy no le hable de Religión, lo que importa es que juegue mucho y que nuestros juegos le gusten... Al poco tiempo era el primero entre los buenos jugadores y había cobrado afición á los actos religiosos, y acabó por, como esperaban y anhelaban sus amigos, pedir el santo bautismo que recibió con singular piedad, cambiando su nombre pa-

(1) *Méthode de direction des Œuvres des jeunesse.*

gano por el de José, en honor del patrón de la Obra. A partir de este día el rostro de mi José reflejaba la intensa felicidad que reinaba en su alma: era el primero en todos los ejercicios de piedad, el primero en los juegos, el primero en todo. A las pocas semanas le admití en una de las Asociaciones precitadas. Leía mucho y con frecuencia me visitaba consultándome cuanto no entendía. A esta alma privilegiada le regalaba las cualidades que todos admirábamos, la, por la piadosa, ejemplar recepción de la Sagrada Eucaristía. Todos los días festivos se acercaba á la Sagrada Mesa. Tantas virtudes serían la causa de que el Señor escogiera á José para el cielo. Una mañana llegó presuroso uno de sus amigos á avisarme de que estaba gravemente enfermo: acompañé al Padre que le administró los últimos Sacramentos: recibió el Viático de rodillas sobre la estera que le servía de cama y de rodillas siguió dándole gracias y diciendo: «Dios mío, ten piedad de mí,» hasta que vencido por la enfermedad cayó sin fuerzas, entregando momentos después el alma á su Creador. ¿No cabe esperar fundadamente que goza del cielo y que en él ruega por los indios de Jafna, sus hermanos? Una conversión que creo deber atribuir á la intercesión del ejemplar joven es la de su padre. Durante los últimos años de su vida José la pedía al Señor con gran insistencia, pero no logramos vencer los prejuicios del viejo pagano. A los ocho días de la muerte de su hijo se me presenta y me ruega le haga cristiano. Se preparó convenientemente y á su tiempo recibió el bautismo.

Para terminar diré cuatro palabras de la obra principal emprendida por los mejores de nuestros jóvenes en favor de sus hermanos de castas inferiores.

Sabido es cuán incompatibles son el espíritu del Cristianismo y el de casta, cuán poderoso reina ésta en la India y cuánto les cuesta aun á los buenos cristianos despojarse por completo de él.

Al inaugurar la Obra de San José admití niños de todas las castas, aun de las más inferiores, pero la experiencia me evidenció que no podía seguir por este camino sin comprometer la vida de la Obra. Tuve la fortuna de que fueran éstos pocos en número, y que algo despreciados por los de castas superiores se molestaran y retiraran voluntariamente. Nada hice para lograr su vuelta. Pero me daba pena abandonar á su triste suerte aquella juventud. Así lo dije, valiéndome de rodeos y de cuanto me aconsejó la prudencia, á los mejores de mis jóvenes católicos—¡es tan delicada, tan expuesta á disgustos la cuestión de las castas!—esforzándome para hacerles comprender que, pues disgustaba á muchos el ingreso en nuestro patronato de los niños de las castas inferiores, era conveniente, necesario, la fundación de una Obra especial para ellos. Y como no había nadie apto para iniciarla y desarrollarla, ellos mismos, mis jóvenes católicos, eran quienes debían iniciar este apostolado. A Dios gracias logré hacerme comprender, y acordamos que en la parroquia vecina inauguraríamos, sin pérdida de tiempo, un Patronato para los niños *navlars* y *pallars*, del cual cuidarían jóvenes católicos de castas superiores bajo la inmediata dirección del Padre Misionero. Se organizó la Obra á principios del corriente año, y se desarrolla bajo el patronato de San Antonio de Padua. Cada domingo dos socios de la Obra

de San José van á dicha Parroquia, reúnen los niños, dirigen sus juegos, les enseñan el Catecismo y les acompañan á Misa; el número aumenta paulatinamente. Hasta hoy todo hace esperar que esta Obra, tan humilde en sus comienzos, prosperará; y considerando los actos de abnegación y sacrificio que realizan los jóvenes que lo dirigen, tengo confianza de que el Señor se lo premiará con especiales bendiciones. Cuantos conocen la India saben qué virtud necesita una persona de noble casta para mezclarse con los de castas inferiores, y más aún para en cierta manera convertirse en servidor suyo.

A pesar de lo dicho, por lo que á lo material se refiere todo está para hacer en esta nueva obra y no podremos decir que sea estable y con esperanzas de consolador desarrollo hasta que habremos logrado adquirir un campo lo suficiente grande para que en él puedan jugar los niños, y en el campo construir á lo menos un cubierto capaz para cobijarnos á todos los días de lluvia ó los de más fuerte calor. ¿Dónde encontrar el dinero que precisa para esta compra? Nuestro ilustrísimo Prelado, que nos ayudó con generosidad paternal para la obra de los cigarreros, no puede en la actualidad socorrernos para el desarrollo de este nuevo Patronato. Que los caritativos lectores de *Las Misiones Católicas* se dignen acordarse de nuestra querida juventud india, y que al repartir sus limosnas nos envíen entre todos la que necesitamos.

Una palabra más y basta; tengo la seguridad de que Dios Nuestro Señor premiará con mano pródiga á los bienhechores de esta Obra.

H.º E. GROUSSAULT, O. M. I.

NOTICIAS VARIAS

Tierra Santa

MARINOS italianos.—El 22 del pasado Junio hizo su ingreso solemne en la Basílica del Santísimo Sepulcro una buena división de soldados marinos de la Escuadra italiana del Mediterráneo, al frente de los cuales venía el vice-almirante Aubry Augusto. Llegaron en dos tandas y en días distintos. El primer día fueron unos 350, y al partir éstos, vinieron otros 300 más.

El recibimiento que se les dispensó fué como correspondía al acto. En la puerta de Jafa tocó la banda salesiana, y en el Santísimo Sepulcro fueron recibidos por la Comunidad de Franciscanos, á cuyo frente estaba el Rdm. P. Custodio, Fr. Roberto Razzoli, con el canto del *Te Deum*. Dióles la bienvenida con entusiasta y hermoso discurso el Secretario custodial P. Rosati. Entre los actos religiosos de los soldados merece consignarse la Comunión general que hicieron en el Santísimo Sepulcro y la Misa cantada delante del mismo, á presencia del vice-almirante Aubry y del contra-almirante Garelli y demás oficiales y soldados; y entre los cívico-religiosos la colocación de la primera piedra de un hospital para la infancia que proyecta levantar Italia en Jerusalén. El acto revistió gran solemnidad. Bendijo la piedra el Sr. Obispo auxiliar Mr. Piccardó, y fué colocada á los acordes de la banda salesiana. Hubo discursos por el Cónsul, Almirante, etc., y gran concurso de gente.

Africa española

Nueva iglesia.—Es verdaderamente consolador el cuadro que presentan estas tribus del continente africano-español, con sus tendencias cada día más favorables hacia nuestra sacrosanta Religión. A disponer los misioneros de más personal y de un buen presupuesto para construcción de templos, en cada pueblo levantaríamos uno, según son numerosas las peticiones que cada día se nos hacen de todas partes. Los combes, los bapukus, balengues, bujebas, bengas y pamues, todos quieren tener cerca de sí al misionero católico para tener paz, como dicen ellos, ya que en el interior, abandonados á sus costumbres salvajes, viven en continua guerra.

Desde mucho tiempo que los bapukus y pamues pedían al ilustrísimo Padre Vicario Apostólico levantara una iglesia en Egombegombe, sitio emplazado entre los ríos Itembue é Ibot. Pero S. S. I., falto de recursos, iba dando largas al asunto y á todos ellos muy buenas esperanzas. Al fin el bondadoso corazón de S. I. no pudo resistir por más tiempo á las piadosas y repetidas exigencias de aquellas gentes, y les dijo: «Está muy bien, hijos, lo que pedís; pero habéis de saber que los misioneros no tenemos un céntimo para eso, y es necesario que vosotros ayudéis también de alguna manera.» Inmediatamente trazó los planos de la nueva iglesia y los entregó al Superior de la Misión de Cabo San Juan, encargándole vivamente la pronta construcción.

Este, obediente á la voz de su Prelado, que es la voz de Cristo, no vacila un momento en acometer la empresa, fiado en la Providencia de Aquel que con cinco panes y dos peces alimentó á cinco mil personas que le seguían ávidas de su doctrina, segurísimo de que ha de renovarse el milagro del desierto á favor de estas otras turbas que también buscan ansiosas saciarse de aquella misma doctrina predicada por el Divino Redentor de nuestras almas.

El caso es que á principios del corriente año estaba ya casi preparado todo el material necesario, gracias al celo de los misioneros y cooperación de varios indígenas, más interesados que nadie en su pronta construcción.

Al que suscribe tocó la suerte de llevar la grata nueva á dichas dos tribus de que había llegado ya la hora de levantar la nueva iglesia en Punta Egombegombe. Algunos no podían convencerse de que fuera verdad tanta belleza; pero desde el momento que vieron llegar á los misioneros con carpinteros y dos cayucos cargados de materiales... ¡había que ver aquella gente lanzarse á la playa en espera de nuestra flota!

Sin pérdida de tiempo comenzaron todos á afilar hachas y machetes; y cinco pueblos en masa se lanzaron sobre aquel bosque virgen, dejándolo en pocas horas totalmente expedito para la medición del solar y emprender desde luego su obra los carpinteros encargados de la construcción.

¡Qué cuadro tan embelesador presentábase á mis ojos! Aquel Hermano, sobre quien pesan veintisiete años de fatigas en estas playas, clavando postes bajo los ardientes rayos de un sol abrasador; niños y niñas acarreando piedras desde la playa; jóvenes robustos llevando en sus espaldas sendos palos tintos; hombres y mujeres metidos como fieras entre la espesura del bosque echando por tierra árboles seculares cubiertos de lianas que semejan serpientes espantables, y todos, sin distinción de tribus y creencias, trabajando por levantar un templo al verdadero Dios sobre las ruinas de los templos idolátricos de este rincón del Africa. Esto era, á la verdad, arrebatador; tanto más, cuanto que las mismas olas del mar corrían jugueteando á besar las manecitas de aquellas criaturas que de entre la arena sacaban las piedras para la casa del Señor.

*

Hasta los mismos protestantes se pusieron á las órdenes del misionero católico empuñando el hacha en sus manos, y asegurando repetidas veces que ellos también quieren asistir á la iglesia de los Padres y oír de sus labios la verdadera doctrina del Evangelio.

Hay en Italamanga, pueblo cercano á Egombegombe, un venerable anciano bapuku, educado desde su juventud en el Protestantismo, y que por muchos años fué pastor de una de sus sinagogas en Bata, con muy buena retribución. Toda su casa está adornada con cuadros que representan pasajes bíblicos, al pie de los cuales van escritas en grandes caracteres inscripciones en inglés tomadas también de la Biblia; y él mismo, en su porte, en el modo de vestir y hablar, no parece sino un verdadero evangélico americano.

«—Qué tal, le dije, ¿no ayudará V. también con los suyos á levantar la iglesia de Egombegombe?

«—¿Y por qué no, contestó, si la iglesia ha de ser para todos?... Yo soy anciano y no puedo trabajar; pero puede V. contar con toda la gente de mi pueblo. Nosotros, prosiguió, somos protestantes, pero no tenemos la culpa. Los culpables son los americanos, que siendo niños nos cogieron en nuestros pueblos llevándonos consigo á Corisco, antes que llegasen los españoles y los Padres misioneros. Los protestantes morenos somos como los monos, á quienes sacaron del bosque, los vistieron y les enseñaron á hacer mil monerías: hacemos lo que hemos visto y nada más. No habíamos visto ni oído más que á los protestantes de los Estados Unidos, y por eso somos también como ellos, protestantes; pero si V. viene como hoy muchas veces á mi casa y me enseña la doctrina de la Iglesia católica, acabaré por hacerme católico como muchos de mis compañeros, pues la fe entra por los oídos.»

Pasmado sobremanera me quedé al oír semejante razonamiento de labios de un hombre verdaderamente famoso entre los de su secta, y no pude menos de prometerle las visitas de los misioneros para ayudarle á conocer el verdadero camino, aunque sea en el ocaso de la vida. El tiene buenas disposiciones y hace lo que puede por conocer la verdad; no dejará Dios de ayudarle, ya que nunca niega su gracia al que hace lo que está de su parte.

Japón

Antiguos recuerdos.—Según escriben desde Tokio, capital del Japón, en carta fechada el 8 de Marzo del presente año, se ha abierto en dicha capital una Exposición de libros curiosísimos, que pertenecieron á los misioneros españoles, que llegaron á aquellas playas hace 400 años. Entre ellos aparecen algunos libros de rezo, místicos y recreativos, que compusieron aquellos misioneros compatriotas nuestros, y varios sellos. Entre los sellos hay uno de inestimable valor por haber pertenecido al Protomártir del Japón, San Pedro Bautista, que, como es sabido, desempeñó en aquel imperio el cargo de Comisario Provincial de los misioneros franciscanos.

Estados Unidos

La Abadía de San Juan (Collegeville Minn).—De una correspondencia de la *Revista Montserratina*, copiamos los siguientes párrafos:

«Insignificante grano de mostaza en sus principios, traída á este suelo por allá hacia el año 57, esta Abadía ha venido creciendo tanto en el periodo mencionado, que es hoy un robustísimo cedro que se destaca majestuoso en la rica floresta benedictina de Norte-América. No hay más que abrir el catálogo de la Orden para cerciorarse de ello, pues cuenta actual-

mente con el número de 148 monjes, de los cuales 93 son sacerdotes, sin contar los destinados á la nueva fundación del Priorato de San Pedro en Saskatchewan (Canadá). Es la segunda en categoría de las once fundaciones que posee la floreciente Congregación Americano-Casinense. Está situada en la parte casi central del Estado de Minnesota (Norte de los Estados Unidos), en el lugar más delicioso que puede ambicionar el monje para su santificación. Feliz mil veces la suerte de sus fundadores: difícilmente se encontrará una soledad tan encantadora. Sin embargo, cuando uno cambia el tren por el carruaje en la estación de Collegeville para dirigirse al Monasterio, diríamos que sufre una desilusión. Emprende el camino de media hora larga por una ligera pendiente á través de espesa arboleda; en el trayecto ni una casucha, ni un alma, ni un animal doméstico; silencio sepulcral interrumpido á veces por festivos pajarillos é invisibles cigarras...

«En estas consideraciones nos sorprende un cambio repentino de escena. El camino desciende suavemente, el horizonte se ensancha, y la vista se deleita sobremanera contemplando á cierta distancia un vasto anfiteatro bordeado á trechos de frondosa arboleda y á trechos de ricas heredades de trigo. En el centro está edificada la gigantesca Abadía, hermoso edificio en forma de cuadrado; la extensión que ocupa calculo que será, echando corto, unos 6,000², y la altura unos 20 metros (5 pisos); en el ángulo derecho se yerguen dos esbeltas torres coronadas por sendas agujas que nos están diciendo: *Hic est domus orationis*. Un detalle que da realce superior á la escena es la plateada superficie de varios kilómetros de extensión contigua al Monasterio, y en más bajo nivel: es un delicioso lago, aprisionado por la naturaleza, y de no pequeño servicio para el Monasterio. No es para dicho lo que disfrutaban los monjes y colegiales recorriéndolo en lancha y botes en estas plácidas tardes de verano, haciendo al mismo tiempo no pocas víctimas de hasta 20 y 22 libras. No hay forastero que visite la Abadía que no caiga en la tentación de tan agradable sport. Cuenta el Monasterio, además, con varios edificios cercanos y de diferentes destinos: la Biblioteca, Museo de Historia Natural, Conservatorio de Música, gabinetes y aulas de Física, Química, Biología, fábrica de electricidad, Gimnasio, Enfermería, Observatorio, Lavadero á vapor, herrería, panadería, etc. Lo cual nos indica cuán vasto es el campo de acción donde estos laboriosos monjes desarrollan la actividad física y mental, después de haber cumplido con la

principal obligación que San Benito llama *Opus Dei*. Desde su fundación viene siendo este Monasterio el principal centro de acción social cristiana en este Estado de Minnesota. Aquí han recibido y reciben completa instrucción científica y religiosa multitud de jóvenes (1) que han esparcido la fama de tan benemérita institución por todos los Estados de la República. Además de los cursos de primera y segunda enseñanza, Comercio, varios ramos particulares y bellas Artes, dirigen los Padres un Seminario, donde nunca han faltado buen número de alumnos que han abrazado así la carrera eclesiástica, como la Regla de San Benito; y porque el clero, aunque relativamente próspero, no basta para atender como conviene al crecido número de católicos, esta Comunidad tiene varios individuos al frente de 35 parroquias cercanas, donde al mismo tiempo trabajan con gran fruto en la educación religiosa de la juventud.»

Méjico

LA Prensa católica.—Independiente por completo y verdaderamente imparcial, ha sabido ponerse, aun á costa de sacrificios, de parte del oprimido pueblo. Así se explica que el primer diario católico de Méjico, *El País*, se haya levantado á mucha altura durante la revolución. Llega á tirar de 160 á 170,000 ejemplares. Hoy cuenta, además, el mismo periódico con una y dos ediciones extra de la tarde, tituladas *El Nacional*. *El Tiempo* es leído en toda la República con avidez. Prácticamente, y al menos en los presentes momentos, la prensa católica ha llegado á dominar. Por último, bueno es que se sepa en Europa que la revolución de Méjico, sangrienta y causadora de graves males temporales, lejos de ser antirreligiosa, ha favorecido, por lo menos indirectamente, el despertar del pueblo católico. Los soldados revolucionarios, con su medalla de la Santísima Virgen de Guadalupe al pecho, haciendo bendecir banderas á los señores Párrocos, entrando á los templos á dar gracias por sus triunfos, ó saliendo en procesión pública por las calles (cosa inaudita desde hace años), respetando al clero, protegiéndole y dando, en fin, muestras de su fe robusta, han puesto de manifiesto una vez más lo arraigada que quedó en nuestro país la Religión de Jesucristo, implantada por aquellos benditos frailes españoles.

(1) 323 internos han cursado este año.

RECUERDOS DE MI MISIÓN

Situación topográfica del Tauro

(Continuación)

No es poco decir, en verdad, lo de estos señores. Después de dejarnos como el caci-que túrco arriba indicado, en la obscuridad del acertijo de las *extremidades orientales*, ya que no nos quieren decir ni dónde están tales carneros ni cuáles son, nos conducen á ellas desde Iso (¡no hay que espantarse!) á través del Asia, pero siguiendo siempre el paralelo de Rodes, indudablemente con peligro de que demos antes con nuestros huesos en las profundidades del Mar Caspio, y no encontremos jamás dichas extremidades, como tampoco ellos las han encontrado. Los antiguos se conoce que

segufan el mismo sistema que siguen hoy nuestros modernos, de echarse por esos mundos adelante á formar cálculos sobre cálculos, donde quiera que no encuentran argumentos de demostración; y si los exploradores de hoy nos hablan del polo, ó de sus planicies, ó de sus monstruosas montañas de hielo, ó también de la nulidad de peso que allí tienen los objetos y de otras... barbaridades, según las diversas opiniones de los diversos sabios, los exploradores de ayer no habiendo podido examinar á fondo los territorios del Asia, y viéndose rodeados de montañas por todas partes, han unido bajo un mismo paralelo al Tauro legítimo del Asia Me-



MOGOLIA.—UNA CRISTIANDAD MOGOLIANA EN INVIERNO.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. Padre Kervyn (Pág. 179)

nor, que ellos bien conocían, una cadena imaginaria de montañas cuyo último eslabón se pierde en la obscuridad de playas desconocidas. Y digo cadena imaginaria, porque es inexacto que todas estas montañas estén bajo un mismo paralelo, pues desde el golfo de Iso al lago de Van, el Tauro pasa del grado 36 al 38 y 39; y desde este punto hasta Hindu-Kho, donde vuelve á tomar la dirección media del grado 36, no hay una cadena continua, sino solamente los altosplanos de las provincias de Persia, donde se alzan algunas cimas muy elevadas (Sahun, El-vend, Demarend). En los últimos eslabones de la cadena, el Himalaya, lejos de seguir el paralelo de 36°, corta de N. O. á S. E. sobre la frontera de la India del 36° al 27°, y el Imaus, lejos también de ser la continuación en línea recta del Himalaya, se extiende de N. á S., desde el 27° al 13° ó al 12° (1). Lo dicho: estos señores han querido introducir en la cordillera del Tauro, ó mejor aún, han querido dar á comprender con el nombre de Tauro todas las montañas conocidas y por conocer que pudiesen existir en la extensión del Asia, uniéndolas entre sí por donde les dió la gana, y llevando su última punta, aunque no nos precisen á donde, el lector puede muy bien llevarla al mar de Japón ó á una punta cualquiera del Pacífico, ya que *playas ó extremidades orientales* dan lugar para todo. Esto en caso de que no quiera extender aún algo más la estupenda ó prodigiosa mencionada cordillera

(1) Véase la Enciclopedia en la nota anterior mencionada.

del Tauro, enlazando á ella también las montañas del Africa (no sé porque nó las de todo el globo), como según la «Nueva Enciclopedia Popular» hacían algunos de los últimos geógrafos griegos, alargando aquella gran cadena de montañas desde las playas del Egeo (Archipiélago) hasta las del *supuesto* Océano oriental, dividiendo el Africa en dos partes (1). ¡Qué tremendo dividir es este! Ciertamente que si estos *calculistas* griegos no entendían por Africa una buena parte del territorio que hoy llamamos Asia, asegurando con relación á ésta lo que parece afirman relativamente á aquélla, mi lector queda en completa libertad de coger la punta de la mencionada cadena, pasarla por debajo del Mar de las Indias ó de otro Mar, porque al fin y al cabo esa barrera del Mar la ha de encontrar por cualquier lado que quiera traer el Tauro al Africa, y volver á colocar su último eslabón en las playas del Egeo, que para una buena parte del mundo africano no dejan asimismo de ser *playas orientales*. ¡Cuánta barbaridad puede decirse, ahora y siempre, de la tierra y de la luna, cuando falta quien pruebe lo contrario!

Pero dejemos estas fantasías y verdaderas aserciones de los antiguos, que ya están relegadas al polvo de las bibliotecas por los modernos, y veamos lo que éstos nos dicen de la situación topográfica del Tauro. Entre éstos hay también dos afirmaciones relativamente á las

(1) Nueva Enciclopedia Popular; tercera edición, t. 12.—Torino.—José Pomba, etc., editores, 1849.

mencionadas montañas. Los unos, y son los más antiguos, consideran el Tauro como una cadena de montañas que comienza en el cabo Trogilión (Santa María), formado por la extremidad del monte Mycala, frente á Samos, y comprende entre sus ramificaciones los montes Temolus y Merogis, en Lidia; y Latmos y Lida, en Cavia (entre ellos algunos querían que comenzase en el Cabo Sagrado ó Kelidonio, en la montaña de Taktaludagh); extiéndose después paralelamente á la costa, siguiendo sus inflexiones atraviesa la antigua Panfilia bajo el nombre moderno de Taxtale-dagh, la Pisidia y la Isauria con el de Gok-dagh, la Licaonia y la Cilicia con los de Ara-dagh, Bulgar-dagh, Ala-dagh; después se dirige hacia el Nor-Este, bajo el nombre de Ajer-dagh, atraviesa el Eufrates, separa el ramal oriental de este río, llamado Murad, de las fuentes del Trigsia, rodea el lago Van, y va á reunirse cerca de Bayezid (provincia de Erzerún), con el monte Ararat y toda la cordillera de Armenia. Aquí termina el Tauro según los más antiguos, entre los modernos (1).

Pero según estos últimos, á los cuales nos atenemos nosotros en un todo, por parecernos que el Tauro de los más antiguos que acabamos de describir es demasiado Tauro, y con un poquito más nos llevaría al Tauro *infinito* de los últimos geógrafos griegos referidos, la cadena de montañas que propiamente lleva este nombre, comienza al Nor-Este de la ciudad de Adalia, en la provincia de Konia, en el último límite Este de los montes Dumanlu, donde comienza el extremo Oeste de la montaña Gok-dagh, y procediendo á Este paralelamente al mediterráneo, encierra entre sí y la costa la estrecha lengua de tierra que formaba la Panfilia, la Pisidia, la Isauria y la Cilicia; hoy toda la parte Oeste del Sangiak, de Adalia (provincia de Konia), y los Sangiakatos de Seletke y de Mesina, en la provincia de Adana, terminando al Norte de esta última ciudad con el extremo Oeste del Ala-dagh, en la orilla derecha del río Samanle-chai (2). Esta última es, según los más autorizados escritores y geógrafos modernos, la verdadera situa-

ción topográfica del *Tauro propiamente dicho*, y á él se deben referir los principales hechos que las historias nos cuentan haber acaecido á los cruzados en dichas montañas, etc., etc.

El Antitauro se destaca del Tauro al Norte de la Cilicia hacia el Ala-dagh, y adquiere su mayor elevación en el monte Argich dagh, punto culminante de todo el sistema del Asia Menor (3,841 metros). De este punto parten dos ramales: el uno hacia el Este entre el Eufrates occidental, ó sea el Frat y el Halys, bajo el nombre de Karabel-dagh, y se enlaza por los montes Moskicos á la cordillera del Cáucaso; el otro se dirige hacia el Oeste, bajo los nombres de Hasan-dagh, Sultan-dagh, Murad-dagh, Dumangy-dagh, y termina cerca de Brusa por el Keschisch-dagh (1,600 metros). A esta montaña se reúne un tercer ramal del Antitauro, paralelo á la costa del mar Negro, formando como la base de un gran triángulo, cuya cúspide es el Argeo, y que encierra la gran planicie central del Asia Menor. Este ramal se conoce con los nombres de Ala-dagh, Alkas-dagh y Kuch-dagh, y se reúne hacia el Este con los Moschicos.

Como se ve por la descripción que acabamos de hacer, la cadena del Tauro y sus ramificaciones (entre las cuales será bien asimismo no dejar atrás el contrafuerte Kiaur-dagh, que destacándose hacia el Sur cerca del manantial de Píramus (Gihan) va á formar en su punto de encuentro con el Akma dagh (antiguo Amanus), el célebre desfiladero de las Puertas Amánicas), forman á los tres lados de la península del Asia Menor, y particularmente al Sur y al Norte una serie de colinas escalonadas, entre las cuales se extiende una planicie central, sembrada de estepas y lagos salados. Las alturas del Sur, en la forma que dejamos explicado, llevan *propiamente* el nombre de *Tauro*, y las del Norte, el de Antitauro, así como á las demás, esparcidas acá y allá en la península podríamos llamarlas con toda propiedad *ramificaciones del Tauro* (1).

FR. MANUEL TRIGO, O. F. M.

(Continuará).

T. Duvoteny (Madrid.—Gaspar y Roy).—Situation Legal de Sujets Ottomans (carte administrative), par le Comte Jx. van den Steen de Jehay.

(1) Ch. Dezobry, y otros.

(1) Véase la palabra Tauro en el Diccionario de Ch. Dezobry y Th. Bachelet.

(2) Cook's Map of Siria and Palestine.—Testo Atlante di Geo. Sac., por el Dr. Luis.—Grammatica Nuova Enciclopedia Popolare (Torino.—Giuseppe Pomba).—El Globo, por A. H. Dufour y

EL VICARIATO APOSTÓLICO DEL SHENSI SEPTENTRIONAL (CHINA)

CONSOLADORAS por todo extremo son las noticias que acerca del estado de las almas y frutos espirituales obtenidos durante el año 1910 por los Padres Franciscanos del Shensi septentrional, China, nos comunica nuestro constante colaborador el R. P. José María Iruarizaga, misionero apostólico y director del Seminario en el mismo Vicariato.

Abarca el Vicariato cinco grandes prefecturas, á saber: las de Sianfu, capital de la provincia del Shensi;

Fong-sianfu, Tong-tchoufu, Ian nganfu y Iu-linfa. Al Norte limita con el gran desierto del Mon-ku, llamado Ortos, del cual le separa la histórica gran muralla; al Sur con el Vicariato del Shensi meridional; al Este con la provincia del Shansi, del cual le separa el caudaloso río Amarillo; al Oeste con el Kan-su. El número de habitantes en dicho Vicariato es próximamente de diez millones, con una extensión, de Norte á Sur, de cerca de mil kilómetros. En tan inmensa extensión, como en campo de batalla, trabajan diecinueve misioneros Fran-

ciscanos de diversas nacionalidades, unidos en íntima concordia de corazones, y de los cuales quince son españoles compatriotas nuestros. Cuenta el Vicariato con 244 cristiandades, en las cuales hay 6,137 familias cristianas, con 28,186 cristianos. En 36 catecumenados que el Vicariato sostiene, se instruyen actualmente en las verdades de nuestra sacrosanta Religión, 3,846 catecúmenos, de los cuales en solo un año, en el de 1910, han recibido el santo Bautismo 948 personas adultas de ambos sexos. El espíritu y fervor que anima á los católicos de un pueblo se conoce por la frecuencia con que se acercan á los santos sacramentos de Penitencia y Eucaristía, y el número de confesiones y comuniones obtenido en dicho Vicariato realmente entusiasma: 60,079 confesiones y 108,085 comuniones, cifras son ciertamente consoladoras, máxime si se considera que viéndose los misioneros obligados á correr durante todo el año por las diversas Misiones, los pobres cristianos se ven privados por espacio de varios meses de la presencia del misionero, é imposibilitados por consiguiente de recibir los Santos Sacramentos con la frecuencia que desearían. Las iglesias públicas del Vicariato son 150 y los oratorios privados 96, de suerte que en tan floreciente Vicariato aún existen 98 cristiandades sin iglesia ni lugar siquiera donde congregarse los pobrecitos cristianos para tributar el culto debido á su Dios. El Vicariato sostiene un Seminario al estilo de los de nuestra patria, donde cursan estudios eclesiásticos 25 jóvenes, que se preparan para á su día recibir las Ordenes sagradas y poder trabajar como apóstoles en la conversión de sus compatriotas, y un colegio ó seminario menor donde se instruyen en los primeros conocimientos 57 alumnos, para á su día ingresar en el Seminario mayor.

Como el Imperio chino parece quiere cambiar su antigua manera de ser y entrar de lleno en el camino de la civilización, las lenguas europeas vienen á ser de imprescindible necesidad para los chinos, que quieren ser considerados *como algo* en la nueva sociedad que se forma, así que ha sido una feliz idea la de los misioneros del Shensi el establecer cuatro escuelas de lenguas europeas, dos de inglés y dos de francés, á las cuales asisten más de cien alumnos, no solamente católicos, si que no pocos paganos, en cuyo concepto por este solo motivo la Religión católica ha de merecer mucho.

Siendo imposible que los misioneros, escasos en número relativamente á las grandes extensiones que han de abrazar, puedan hacerse á todos, han de valerse en el ejercicio de su sagrado ministerio de catequistas y otras personas piadosas; de éstas existen en el Shensi septentrional 148, en todo y por todo á disposición de los respectivos misioneros.

Pero si todo esto que acabamos de decir es hermoso, si mueve á bendecir las misericordias de Dios, si entusiasma la acción bienhechora de esos heroicos misioneros que, abandonando patria, hogar y sus más caras afecciones, se consagran á tan ruda tarea y sufren incomodidades sin cuento por ganar almas para Jesucristo, nuestro divino Redentor, aún es más dulce, aún más consolador el número de angelitos que cada año suben al cielo á incorporarse con los Angeles, espíritus puros que constantemente cantan las divinas alabanzas; no menos que 6,192 niños de ambos sexos, hijos de paganos, han sido bautizados por los Franciscanos misioneros del Shensi septentrional, durante el año de 1910.

Es necesario repetirlo, y muy alto, apreciables lectores de *Las Misiones Católicas*; 6,192 niños de ambos sexos, arrancados al demonio, hijos de paganos, que encontrándose *in extremis* han subido al cielo á cantar las glorias de Dios. ¡Alabado sea el Señor! ¡Qué satisfacción para los asociados á la preciosa obra de la Santa Infancia, que con su pequeño óbolo cooperan á tan admirable obra! Pero aún hay más: el mismo reverendo P. Iruarrizaga, nuestro buen amigo, añade que durante el ejercicio del mismo año han sido recogidas por los misioneros 233 niñas abandonadas, colocadas en matrimonio 121, y actualmente sostiene el Vicariato 709 de estas niñas, con la particularidad de que, además de lo dicho, en la Santa Infancia de Tung-yuan-fang, á cargo de las Religiosas Franciscanas Misioneras de María, existen otras 291 niñas y han sido recogidas durante el mismo año 64; así que en sólo un Vicariato se educan 1,064 niñas abandonadas por sus desnaturalizados padres paganos, y recogidas para nuestra santa Religión por los misioneros Franciscanos.

El R. P. José María Iruarrizaga termina su relación rogando excitemos la caridad de las almas amantes de Jesús, devotas de la Obra de la Propagación de la Fe, y que sienten impulsos de cooperar á la obra divina de la Santa Infancia. Quisiéramos tener palabras de apóstol para llevar en el ánimo de cuantos leen *Las Misiones Católicas*, la convicción de que difícilmente hay obra que lleve más almas al cielo que las obras de la Santa Infancia y de la Propagación de la Fe: en consecuencia, ¿á qué obra mejor y más fructífera pueden destinarse nuestras limosnas? Si cada cual quisiera hacer un pequeño sacrificio, muchos sacrificios unidos serían un gran consuelo para el misionero, que de esta suerte contaría con nuevos medios para proseguir trabajando en la ardua empresa.

FR. JOSÉ MARÍA DE IRUARRIZAGA,
Misionero Apostólico.

FERNANDO POO.—LA NUEVA CRISTIANDAD DE SAN ANTONIO DE UREKA



UANTOS han conocido á los habitantes de Ureka, al querer definirlos lo suelen hacer diciendo que no parecen bubis en nada, ni siquiera en su fisonomía.

Y es esto muy exacto: el bubi de Ureka es robusto, valiente, de mirada se-

rena é inteligente, apto para toda clase de trabajos; pero en lo que más se distingue de sus paisanos es en su espíritu comerciante y en el amor á la instrucción y aseo en su persona.

Lo primero se manifiesta en sus excursiones periódicas y, en días determinados, á puntos muy distantes

de Ureka, donde llevan gallinas, palos de ñames, peinetas y otras labores en madera, principalmente, que cambian por comestibles ó vestidos.

Desde muy niños tienen que hacer largas caminatas, sin descanso, cargados y al paso de los hombres; por esto no es de extrañar que pasen por los más andadores de la Isla, y rindan á los Monroviás y demás Krumanes, como he oído confesarlo varias veces á éstos.

Tienen situado el poblado junto á un caudaloso y profundo río, donde tienen distribuídos lugares para lavar, para bañarse los hombres, para las mujeres y niñas y para los niños, guardando mucho recato y no atreviéndose jamás á ir un hombre al lugar donde se bañan las mujeres, ni viceversa.

Todos son excelentes nadadores y lo necesitan, pues sus playas están llenas de ríos muy hondos.

Los hombres visten en los días de labor un paño grande y camiseta, y en los días de fiesta y domingos, la mayor parte visten pantalón y chaqueta ó camiseta limpia: los que pueden, calzan zapatos y prendas nuevas de cabeza. Las mujeres llevan en los días de trabajo una bata, ó dos paños largos: uno les llega más abajo de la cintura y les cubre los pechos y espalda y el otro les cubre desde la cintura hasta la planta del pie; lo llevan con modestia y al sentarse tienen cuidado en que quede bien compuesto. Los domingos usan casi todas bata larga, y varias, sombrero de señorita.

Ningún joven usa amuletos ni esas tonterías que tan repugnantes hacen á los demás paisanos suyos, y se ríen de los bubis de Moka cuando van allí, casi desnudos y llenos de cuernecillos de antílopes, etc...; en su pecho no admiten más adorno que la blanca medalla que yo les he dado á todos.

Un rasgo característico de los bubis de Ureka y que confirma cuanto voy diciendo:

El bubí que ve brillar en su mano una peseta, lo primero que compra, si á mano tiene, es vino, lo segundo tabaco, y lo tercero vino: en sus baleles, el papel principal lo desempeña el vino. Pues bien; he asistido á varios «Ripelós» de Ureka y uno de ellos muy espléndido, y en ellos no había más vino, que el que regalé yo á varios de ellos. A esta bahía de Concepción han venido varias veces con gallinas y otros géneros de los que, vendidos, han sacado algunas pesetas. Y ¿saben ustedes cuántas botellas de vino han comprado? ni una. En cambio, se han llevado pantalones, chaquetas, mantas, sal y otros géneros parecidos.

No es que no les guste el vino, sino que les duele gastar el dinero en él.

En general son monógamos y sólo los viejos tienen más de una mujer.

Desde que fué el Padre á instruirlos, han mostrado deseos cada vez crecientes de instruirse. Ellos mismos han construído una casita para el Padre, con su mesa, sillas, y camas á estilo del país.

Asisten todos los días á la escuela á la que se les

llama á toque de corneta por no haber campana: los domingos asisten á la Misa y, cuando alguno no puede hacerlo, me da explicación de su impedimento en cuanto tiene ocasión.

En ausencia del Padre, hace sus veces, en lo que toca á la escuela, un catequista, retribuído por esta Misión de Concepción, llamado Santiago Ripani, quien trabaja con entusiasmo y celo, de cuya alimentación cuidan espléndidamente los indígenas de San Antonio.

¡Lástima que sea tan peligrosa la entrada por mar á este poblado!

Sólo pueden atracar los botes en los meses de Diciembre hasta mediados de Mayo y aun entonces en buenos días y avisando á indígenas, quienes se echan al agua hasta el cuello para sostener el bote: de lo contrario se queda seco de un golpe de mar y por consiguiente se cae á un lado y entonces es llevado y traído por el flujo y reflujo de las olas sin que se pueda intentar siquiera el salvarlo.

Por tierra hay muy malos caminos, tortuosos, montañosos, á cada paso se topa con precipicios y hay varios ríos profundos y fuentes.

Hace algunos años los de San Antonio se dedicaban al comercio del aceite de palma, pero dejó de venir el comerciante que explotaba el género y ahora me rogaron que les buscara quien volviera á comprarlo; pues hay muchas palmeras en Ureka y dícese que es el lugar de la Isla donde hay más y más productivas: por otra parte, el indígena de allí es laborioso y diestro en este trabajo.

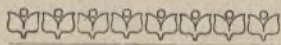
Las dificultades de transportar el cacao, sobre todo viniendo la cosecha en tiempo de lluvias, fueron causa de que no se dedicaran á su cultivo; pero ahora por indicación del Padre Misionero y por obedecer á las Autoridades, y sólo por eso, ha plantado cada uno su finca de cacao y van trabajándola, llamándose con frecuencia para que vea cómo van, sabiendo que con esto dan gusto al Padre.

Antes vivían en varios pueblecitos separados y gobernados por pequeños butukus; ahora, obedeciendo al Padre Misionero, se han reunido en un solo poblado, mandados por un butuku llamado Boó y otro subalterno con el nombre de Bioko.

Ambos butukus son los primeros en dar ejemplo á sus súbditos; asisten á veces á la escuela, han dado sus hijos para el bautismo, castigan á cuantos desobedecen al Padre, y son los primeros, á pesar de sus años, en los trabajos y en cuanto se ordena á la civilización y educación moral de sus súbditos.

He terminado cuanto quería decir sobre el nuevo pueblo cristiano de San Antonio de Ureka; sólo me resta rogar á las dignas primeras Autoridades que nos gobiernan, que tengan en cuenta, como han sabido hacerlo siempre, el buen comportamiento de estos sus fieles vasallos, dispuestos á acatar con prontitud sus disposiciones. ¡Que cunda este hermoso ejemplo de civilización!

F. ONETTI, C. M. F.



MOGOLIA PINTORESCA

LA MONTAÑA. — LA SELVA IMPERIAL. — EL LLANO

POR EL R. P. LUIS KERVYN

DEL SEMINARIO DE SCHEUT-LEZ-BRUXELLES, MISIONERO EN NUESTRA SEÑORA DE LOS PINOS (MOGOLIA ORIENTAL)

(Continuación)



Uno de los edificios curiosos de Jehol es el *Sin-Kong*, construido en 1780 plagiando la residencia del Lama, jefe de la gran escuela rival de la de Si-ga-tze (Tibet). El emperador Kien-long edificó esta lamasería en memoria del 70° aniversario de su nacimiento.

Esta lamasería, en la que se ven espléndidas escalinatas de mármol, grandes pabellones con el techo barnizado, estatuas y lápidas conmemorativas, inmensos pórticos y un relicario todo de cobre, es la construcción más rica de Jehol y el más hermoso monumento histórico del imperio chino. Actualmente, los techos dejan filtrar el agua de la lluvia, las paredes se desploman y las estatuas han tenido que ser trasladadas a lugar más seguro. Como observa Mr. Monnier, «la mayor parte de las lamaserías mogolianas deben figurar entre las muestras de arquitectura religiosa más perfecta del Extremo Oriente. Todas están admirablemente situadas; la disposición general y la elección de sitio revelan en sus arquitectos alma de artista y el sentimiento de la perspectiva y del decorado. Sus claustros, sus jardines, alegrados con el murmullo de aguas bulliciosas, el bosque de coníferas que las protege del sol y de los vientos, aparecen acá y acullá en las pendientes desnudas de los montes, á la salida de un valle profundo, como alegres oasis en medio de triste desierto.»

Queda la residencia imperial ó *Kong*. En 1703 el emperador K'ang-si empezó los trabajos de construcción de este palacio, cuya entrada está hoy prohibida al público y sobre todo á los bárbaros de Occidente que no vayan provistos de un permiso especial concedido por el Ministerio de Negocios extranjeros de Pekín.

Desde hacía mucho tiempo K'ang si se complacía en ir á pasar cada año una parte de sus «vacaciones» en Jehol. En 1677 se hizo construir un *chalet* en Loan-d'ing-hien, á unos 30 kilómetros al Oeste de aquella capital. El valle de Jehol, que visitaba frecuentemente en sus grandes cacerías, le gustó tanto que hizo construir en él treinta y seis obras de arte, consistentes sobre todo en pabellones, puentes rústicos, pórticos, etc., cuyos nombres llenos de poesía (aurora de vivos colores, armonía de los céfiros y los sauces, atrio celeste, arco iris, concierto de aves en la selva umbría, etc.), son un reflejo de la belleza de estos sitios románticos.

K'ien-long continuó esta empresa imperial y embelleció todavía más la vasta propiedad. Actualmente está rodeada de una muralla almenada de 5 metros de altura, construida parte con piedra, parte con ladrillos. Al sud se halla la entrada principal, consistente en tres

grandes puertas guardadas por dos leones de granito. En el interior hay varios departamentos, salas de recepción y de audiencia para los funcionarios y los príncipes mogolianos.

No describiré las particularidades que caracterizan el interior del *Kong* imperial de Jehol; pórticos, salas, salones, gabinetes de estudio, biblioteca, pabellones, teatro, kioscos, parques con lagos, puentes y cascadas artificiales.

Hagamos, empero, mención especial del gran santuario Yong-yen-sen, flanqueado por una linterna de nueve pisos. Esta linterna fué construida en 1751. En el patio interior del templo hay dos placas con inscripciones en manchuo, en mogolio, en chino y en tibetano. Levantado en memoria de la sumisión de los Dzungaros, este edificio es una prueba más del genio emprendedor de K'ien-long. Este emperador quería tener en su residencia una reproducción de la famosa torre de porcelana de Nan-King y otra de la pagoda de las seis armonías de Hang-Tcheou. Terminadas estas dos obras, la primera se desplomó, y la segunda fué víctima de un incendio. Los artistas opinaban que los trabajos ejecutados en el sud de China eran irrealizables en el norte del país. K'ien-long no desistió por esto de su empeño; hizo traer materiales más sólidos y llevó la empresa á feliz término.

El palacio imperial de Jehol está arruinándose por momentos, á causa de las lluvias anuales y del abandono en que se halla. Las paredes se agrietan, se abren y desploman. En la estación de las lluvias hay que trasladar las esculturas á los salones mejor conservados. Los monumentos, libros, documentos, fruslerías, etc., han sido metidos en cajas de embalaje, de las cuales unas han sido enviadas á Pekín, y las restantes han quedado abandonadas en las habitaciones del Kong, en donde puede vérselas á través de las celosías de papel de las ventanas.

Por el parque pululan y se retozan con toda seguridad numerosas manadas de ciervos y de corzos; la paz de que disfrutan estos animales es tal, que se dejan acariciar por los visitantes. La caza está prohibida dentro de este recinto; pero esta prohibición no excluye el capleo, de vez en cuando, de un lazo hábilmente tendido por los guardianes del palacio.

Visto de lejos el palacio imperial de Jehol es de una poesía encantadora.

«Los macizos calcáreos del Lo-Han-San y del Pay-Tue-San lo tienen, dice Mr. Monnier, al abrigo de los vientos del Norte. Desde la cima de la última de estas montañas, á donde se llega después de una hora de penosa ascensión, se domina todo el parque. Algunos

kioskos, cuyos dorados resplandecen en medio de los cedros, un lago, islotes de verdura, puentecitos cubiertos, torres, pagodas, todo esto, visto de allá arriba, como á vista de pájaro y bajo raudales de luz, no tiene ya el aire de abandono, es casi risueño. Uno espera ver aparecer por las anchas avenidas magníficas cabalgatas; la galera imperial parece que va á levar anclas y á deslizarse suavemente á través de los archipiélagos con el dorado estandarte flotando al aire...

El palacio y sus dependencias ocupan, á una hora de marcha hacia el Oeste de Jehol, inmensos espacios disimulados por un valle y separados del seto y parque por un torrente casi seco; sus edificios multicolores se escalonan en forma de anfiteatro en las faldas de una colina: pórticos macizos, columnatas de madera colorada, pagodas ricas de escultura, un pabellón de porcelana, etc., etc. Este capricho de arquitectura, de extraordinaria fantasía y de un colorido intenso, tiene mucho de soñador. El interior está muy abandonado; pero, visto desde el valle, á menos de 200 metros, el conjunto es de un efecto sorprendente, de una frescura de tonos inesperada. Grandes leones de mármol rosado se levantan amenazadores á lo largo de las terrazas, cuyos adornos de loza pintada y vidrios de colores de matices cambiantes producen singulares juegos de luz, sobre todo al anochecer. Alrededor de las caladas galerías se arrastra el dragón simbólico, y el ave fénix, desde lo alto de los dorados techos de bronce, parece estar dispuesta á emprender el vuelo. Estos palacios, que dijérase son el sueño feliz de emperatriz artista, ó el capricho de un monarca enamorado, ó la fantasía de un poeta labrada por hadas de dedos celestes, son el encanto de cuantos logran verlos. Nunca China me había mostrado nada semejante.

«Veraneo favorito de los soberanos en época en que aquéllos querían conocer de su imperio algo más que el palacio-cárcel de Pekín y los jardines de Yuen-



MOGOLIA.—TEATRO DEL PALACIO IMPERIAL DE GEHOL.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Kervyn

Ning-Yuen, hoy Jehol está completamente abandonado.

«Tristes recuerdos van unidos á esta residencia. El 20 de Agosto de 1820, el emperador Kia-King sucumbía en ella herido por el rayo en medio de una fiesta.

«A Jehol fué en busca de asilo el emperador Sien-Jong, cuando en 1860, los ejércitos aliados marchaban sobre Pekín. Y en aquella ciudad falleció el 5 de Noviembre del mismo año. Desde entonces la corte ya no va á Jehol; un temor supersticioso la tiene alejada de aquellos palacios cuyo solo aspecto recuerda días de angustia y la humillación de la dinastía.

«Aunque abandonada de la corte, Jehol posee todavía una legión de funcionarios y de mandarines civiles y militares. Dos regimientos de la guardia imperial y

parte del contingente de las «Banderas» están allí de guarnición; pero estos funcionarios, encargados de la conservación de estas suntuosas reliquias, las conservan á su manera, esto es, abandonándolas ó poco menos.

«Al igual que el bosque imperial, de que hablaremos más adelante, y que los sepulcros de los Ming al norte de Pekín, una vez franqueado el recinto por todas partes reinan la ruína y el abandono. La hierba lo invade todo, los patios, los pórticos; en los intersticios de ladrillos y en las grietas de las paredes crece la maleza; los rellanos se hunden, los tramos y peldaños caen á pedazos, los techos agujereados dejan pasar el viento y la lluvia. Una línea verdosa ha roído los frescos, las lacas caen, largos racimos de musgo penden del rico artesonado de la sala de honor. Alrededor de las columnas (soberbias columnas de madera de tek de cuarenta pies de altura) revolotean millares de murciélagos, los

cuales anidan tras de las lápidas imperiales. Lo que se tiene á la vista no es la decadencia de una nación, sino la caída de un régimen, el fin de una dinastía.

En resumen, templos, pagodas ó monasterios, palacios y *yamens* de mandarines, todo allí produce triste impresión de abandono, de irremediable ruína. Fragmentos acá y acullá, una arcada, restos de un techo de curiosa ornamentación, todo en estado apenas suficiente para poder apreciar lo que en otro tiempo fuera. El conjunto es un montón de ruínas: hay que verlo á una distancia considerable que disimule las grietas, borre lo caído y oculte las hierbas. El cuadro entonces tiene su belleza, belleza especial, debida sobre todo á una luz dulce, muy dulce, á la diáfana serenidad de un cielo límpido como los cielos de Grecia.

(Continuará).

LAS GRANDES RELIGIONES DE LA INDIA AL LADO DEL CATOLICISMO

IV (*)

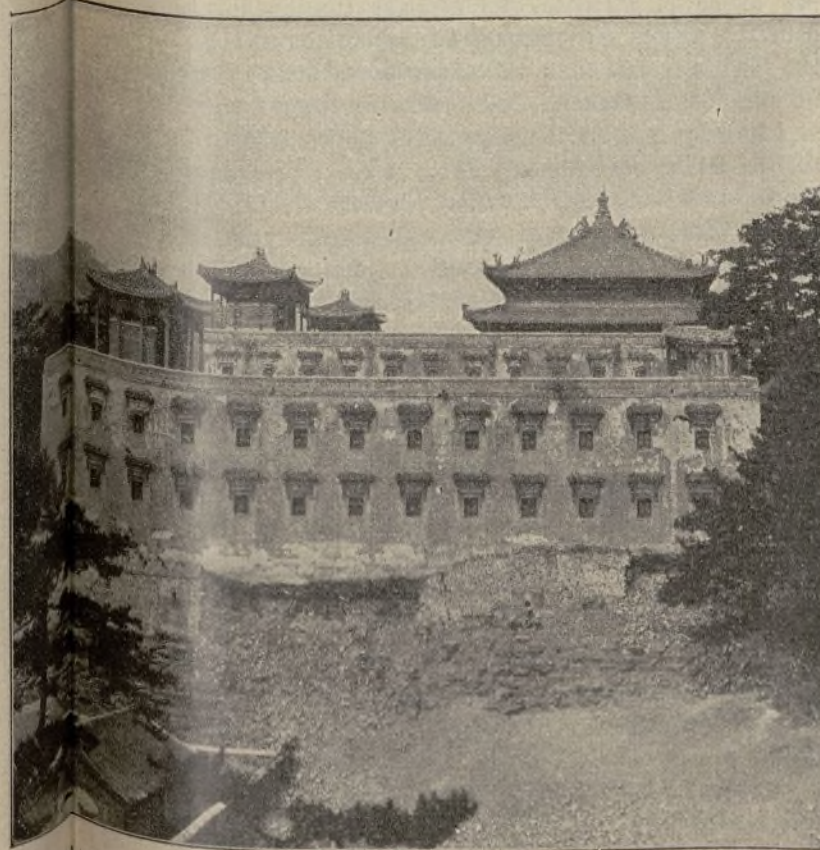
LA PATERNIDAD DE LOS DIOS.—ENTRE LOS ARIOS.—LOS SEMITAS.—INFINIDAD.—ADITI; EXPLICACIÓN.—SANTIDAD Y PUREZA.—EXISTENCIA DE LA VIDA FUTURA.



ENTRE los múltiples y diversos títulos ó atributos que los poetas vídicos escriben á sus dioses, encontramos dos que, por su importancia y por revelar un progreso muy singular en materias religiosas para tan antiguas eda-

des, exigen nuestra especial consideración. Es el primero el atributo de la paternidad. El Deva ario es el padre de la raza. Los vedas lo repiten con frecuencia, complaciéndose en cantarle bajo tan simpático atributo. Ya en el primer himno del Rig-Veda tropezamos con este verso: «Sed compasivo para con nosotros como un padre.» Más adelante, Rig-Veda, I, 104, 9, leemos: «Oídnos, Iudra, como un padre;» á renglón seguido el vate pide á la misma divinidad le dé el sustento, oiga sus peticiones y sea amoroso como un buen padre. Cuando el horrisono fragor del trueno y las densas nubes negras por él congregadas hacen sentir su poder, el poeta, aterrado cual polluelo perseguido por el gavilán, se acoge á la protección y amparo del dios su padre. De este modo la imaginación del poeta escogita símiles y multiplica comparaciones para concluir siempre por dirigirse al dios, cual débil niño al regazo materno. En este orden los arios no hacen otra cosa que expresar el sentimiento que parece innato al hombre: «Pocas naciones, dice Müller, existen que no hayan aplicado á sus divinidades idéntico epíteto. Empero, los títulos por el hombre atribuidos á sus dioses son demasiado débiles y humanos para que adecuadamente expresen lo que intentan. Sin embargo, para los primitivos arios era de especial agrado en la infancia de su fe, como lo es para nosotros en la fe de nuestra infancia, designar é invocar á su dios como á padre; no obstante de que este nombre, como todos los humanos, expresa muy poco comparativamente á lo que intenta expresar. Padre, á no dudarlo, es más humano apelativo que fuego, ó tor-

(*) Véase «Misiones Católicas», n.º 1.º de Diciembre de 1910.—La pérdida de un paquete de original ha sido la causa de la larga interrupción sufrida en la publicación de este importante estudio: entra esperar recibirlo, reclamarlo al autor y éste rehacerlo y enviarlo, como Puttempally no es la casa del lado, se han pasado todos estos meses; ya saben, pues, los lectores de *Las Misiones Católicas* cuán involuntaria é inevitable ha sido esta interrupción.



MOGOLIA.—EL «SING KONG» (PAGODA IMPERIAL) DE JEHOI.—Reproducción directa de fotografía enviada por el R. P. Kervyn

mento, ó cielo, ó Señor, ó cualquiera de los múltiples nombres con que el hombre ha intentado designar al Infinito, cuya presencia él sentía por doquiera.

Contribuirá á la claridad de lo que tratamos y á la ilustración de nuestros amados lectores el trazar un paralelo entre las concepciones de los arios y las de los semitas, raza privilegiada y fiel guardadora de la primitiva revelación. Así como el carácter distintivo y peculiar que colorea todos los simbolismos egipcios es la magia, de donde con fundamento se sienta en la historia de las religiones que la egipcia es la religión mágica por excelencia; de modo semejante la religión semita gira al rededor de la idea de la paternidad de su dios. El dios semita es un padre, y como á tal es preciso honrarle y postrarse á sus pies, pidiéndole sustento con la sencillez infantil de hijos, no con fórmulas complicadas y ademanes y ceremonias ridículas á manera de astuto prestidigitador.

Los moabitas son los hijos de Camos, y según Jeremías, los infieles dicen á sus ídolos: «Tú me has engendrado.» «Toda una serie de nombres propios hebreos, dice á este propósito A. Dufourey (1), están compuestos de un verbo seguido ya de la palabra *ili*, mi dios, ya de mi padre, mi hermano, mi tío: las ideas mi dios y mi padre son por consiguiente idénticas. Una de las inscripciones arameas de Sindjirli menciona un personaje llamado Bar-Rekoub, cuyo padre se llama Panamou: Rekoub es un dios, bar significa hijo.»

Esta idea de paternidad atribuida al dios es por lo común metafórica y moral. Por ella se designa á la divinidad como el principio y la causa de la fecundidad del país; se la reconoce como mandarán ó reyezuelo de la nación y como jefe supremo de la tribu ó de la familia. A la luz de estos datos se entenderá mejor el relato bíblico relativo al nacionalismo, por decirlo así, de Jehová. El pueblo israelita, aunque providencialmente educado, conserva el tipo característico del tronco y de la raza de que procede. Los semitas siempre han sido singularmente celosos de la gloria del dios protector, del dios de sus padres y de su tribu, y el pueblo israelita fácilmente comprendió que «*Jahoe es un Dios celoso*.» Y Moisés, instruido inmediatamente por Dios sobre el modo de probar su divina misión libertadora, como medio el más adecuado á este fin, echó mano de este título de la paternidad. «El Dios de vuestros padres, decía á los israelitas, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob—reconocidos por los israelitas como los fundadores de su tribu y sus progenitores—ese Dios me envía para libertaros.» Tan pocas palabras y corto discurso bastó para que el pueblo cautivo admitiera la divina misión de Moisés.

Sin intentar negar la acción soberana de Dios en los corazones de los israelitas, inclinándonos á un piadoso y saludable asentimiento á la afirmación mosaica, podemos afirmar que, dadas las ideas religiosas con que el pueblo estaba imbuído, las palabras apuntadas eran eficaces para obtener el efecto deseado.

La cualidad, empero, de que venimos hablando, no daña á la grandeza de Dios, ni le resta honores. El *El*, al igual de los Baal de diversas familias semitas, es siempre grande, supremo, inmensamente separado del

hombre. Su sede está en lo más elevado del cielo, regulando desde este lugar todo cuanto acontece por las revoluciones de los ciclos en los ciclos infinitos de los años. La siguiente página, traducida de la obra anteriormente citada, de Dufourey, pone en claro todo cuanto vamos afirmando. «Es innegable que *El* pertenece al más antiguo fondo de las lenguas semíticas; mas ¿qué designaba en sus orígenes y qué revelaba desde sus comienzos? Como nombre propio, *El* no parece haber designado jamás un dios local. Como nombre común, *El* se aplica para designar la naturaleza divina. Si el uso del nombre propio es anterior al del común, se concluirá que los semitas profesaban desde sus comienzos el *monoteísmo*. Mas si el uso del nombre común ha precedido al del propio, se deduce que ellos se formaban una idea muy exacta de la divinidad, que concebían la existencia de una naturaleza divina distinta del resto de las cosas, y que ellos la juzgaban única, puesto que la encerraban toda en un mismo término. Este término significa dominio, prioridad, fuerza, ó puede también expresar el deseo de protección que impele al hombre á postrarse en oración ante Dios. Sea lo que se quiera de este punto se ve á qué conceptos tan elevados del Ser supremo hemos sido conducidos (1).

Mas por mucho que hayamos adelantado en las concepciones del Ser supremo, por elevada que sea la cualidad que sumariamente dejamos reseñada, no hemos llegado á la meta, no hemos presenciado el supremo esfuerzo de la inteligencia humana, destituida de la luz de la revelación. Réstanos analizar el atributo de la infinidad, el límite de las especulaciones humanas. Veamos cómo los arios entrevieron en la magnitud de sus devas el atributo que dejamos consignado. En sanscrito existe un nombre, no numen, que expresa con toda la fuerza que á tal lengua es característica el atributo de la infinidad. Tal nombre es *Aditi*. Derivase de *diti* y de la partícula negativa *a*. Por otra parte, *diti* se deriva generalmente de la raíz *da*, cuyo significado es limitar ó atar, de donde procede *dita*, participio, y *diti*, sustantivo. *Aditi*, por consiguiente, debió expresar en su origen sin límites, no limitado, infinito, infinidad. La misma raíz aparece en el griego *δέω*, (*deo*), yo ato, de donde se deriva *διαδήμας*, *diadema*, lo que está atado al rededor de la cabeza. El sustantivo, pues, sanscrito *diti* está representado en griego por *δέσις* (*désis*), y *a-diti* por *α-δέσις* (*adesis*). Tal es la etimología de la palabra, según Max Müller (2). Hillebrandt, sabio orientalista alemán, en un tratado sobre *Aditi*, aunque derive este nombre de la misma raíz que Müller, no quiere, sin embargo, que exprese, primariamente al menos, ilimitación ó infinidad, sino eternidad (3).

¿Cuál es el natural origen y la explicación obvia de *Aditi*? ¿Cuál fué la ocasión que excitó en la inteligencia ariana la aplicación de este atributo de la infinidad á su deva? No salgamos del círculo de los fenómenos solares y luminosos, que en su perpetua reproducción encontraremos la clave para la solución del problema. *Aditi*

(1) *Histoire comparée*, etc., p. 83.

(2) *Origin os Religions*, p. 233.

(3) *Über die Göttin Aditi* 1876, p. 11.

(1) *Histoire comparée des Religions Païennes*, t. I, p. 84. 1908.

es uno de los nombres más antiguos atribuidos á la aurora, ó más correctamente, á aquella parte del firmamento por donde cada mañana brilla la luz y la vida del mundo. Teniendo presente esta afirmación, véase cómo discurre el autor antes citado: «Observad el romper del alba y olvidad por un momento vuestra astronomía; y yo os pregunto si cuando el negro velo de la noche se levanta lentamente y el aire adquiere transparencia y vida y la luz se derrama por doquier sin que vosotros conozcáis su procedencia, ¿no sentís que vuestros ojos, extendiéndose tanto cuanto extenderse pueden, mas extendiéndose en vano, no están observando el mismo ojo del infinito? Parecía á los antiguos vates que la aurora abría las doradas puertas de otro mundo, y mientras estas puertas franqueaban el paso triunfal del sol, sus ojos y su mente se esforzaban en infantil manera para penetrar más allá de los límites de este finito mundo. La aurora venía é iba, mas en pos de sí dejaba un agitado mar de luz y fuego, de cuyo fondo volvía á brotar. ¿No era esto el infinito visible? ¿Y con qué nombre podía designársele más apropiadamente que con el que el vate védico le designó, *Aditi*, el ilimitado, el distante, el que está más allá de todas las cosas?» La extensión ilimitada del rayo de luz y su perpetuidad, manifestado por periódica y constante reproducción, se expresan adecuadamente por la palabra dicha. Los límites á que debemos necesariamente circunscribirnos nos impiden proceder estudiando el origen, ó mejor, la expresión del atributo de infinitud. Concluyamos trasladando el siguiente quicio sobre *Aditi* del sabio profesor Dr. Schanz: «*Aditi*, dice el católico apologista, manifiesta el resto de una religión espiritual primitiva desfigurada por naturalísticas aberraciones. El hombre había heredado de una edad más brillante la idea flotante de un ser infinito en tiempo y en espacio, y su sensibilizadora alma, anhelando dar expresión concreta á esta confusa idea, encontró la más apropiada imagen en la continua y periódica revolución de la aurora» (1).

Ilustraría, á no dudarlo, todo cuanto dejamos apuntado sobre las concepciones arias de la infinitud de su deva el examen, aunque somero, de idéntico atributo en las religiones semitas. Mas nuestro artículo resultaría demasiado largo, y quizá alguien nos tildase de entrar en mies ajena. La siguiente valiosa autoridad del célebre orientalista Cumont (2) manifestará la íntima tra-

bazón que en este punto parece existir entre ambas familias semita y aria: «Las ideas de eternidad, dice, y de infinitud han sido sugeridas, sin duda alguna, por la constancia de las revoluciones siderales. Los astros siguen incesantemente su curso inacabable; llegados al término de su carrera, reanudan sin demora su marcha, y los ciclos de años, según los cuales adaptan sus movimientos, prolónganse hasta el infinito en el pasado, y se sucederán también hasta el infinito en lo futuro.

Los mismos fenómenos siderales parecen haber excitado, ó hablando con más propiedad, servido de imágenes para diversos atributos divinos, además de los estudiados, tales como la pureza y santidad y la existencia de una vida futura. Tinieblas y pecado son ideas que se corresponden y completan en el lenguaje védico; y cuando la oración del devoto ario pide á su deva protección contra las tinieblas, le suplica también la liberación del pecado de las tinieblas que siente atormentar á su alma. En lenguaje semítico la palabra *guddsu*, santo, es usada para expresar la brillantez y claridad del rayo luminoso, de donde vino á adaptarse al Ser supremo. Lo mismo acontece con la existencia en una vida futura. «Doquiera nos dirijamos, dice Müller, encontraremos que una de las más primitivas imágenes de la vida futura procedió de la contemplación de la cotidiana ida y venida del sol y de los demás cuerpos celestes. De idéntico modo que nosotros decimos «el sol se ha puesto», nuestros antepasados decían y creían que aquellos que salían de esta vida partían al occidente, al ocaso del sol» (1). De los semitas dice Dufourey: «El dios del sol, Gamas, es el dios trascendental, el juez del mundo celeste y terrestre, porque su luz disipa las tinieblas desde lo más alto de los cielos hasta las profundidades más inaccesibles de la tierra. El es naturalmente enemigo de todo lo que busca la noche y la obscuridad. Sus dos hijos, Kettu y Mesaru, personifican la justicia y la verdad. Hacer el mal es traspasar la frontera de los Gamas. Los criminales, ladrones y malhechores, tiemblan en su presencia.» A la luz de estos principios se explica la existencia de tantos salmos y plegarias penitenciales que se encuentran en los rituales babilónicos. La teología védica tiene por fin principal la liberación del hombre del pecado. Las purgaciones ritualísticas se ordenan á la purificación de esa mancha y á hacerse digno de estar en la presencia del deva.

FR. BRUNO, O. C. D.

(1) Max Muller, *Origin*, etc., p. 238.

(1) *A Christian Apology*, t. II, p. 31.

(2) *Religions orientales*, p. 133 seqs.

LA PERSECUCIÓN DE LOS BOXERS

Es de nuestro amigo y valioso colaborador de LAS MISIONES CATÓLICAS, el R. P. José M.^a de Iruarizaga, O. F. M., el siguiente trabajo histórico sobre la persecución de los boxers, que tantas víctimas causó en China especialmente entre los católicos; creemos inútil encarecer el mérito de este estudio, pues testigo presencial el misionero católico, de cuanto narra sabe hermanar la fidelidad histórica con el más vivo interés.



ONOCIDOS son los desmanes y violencias á que se entregaron los boxers durante el año 1900 en el Vicariato del Shansi septentrional; destrucción de iglesias, asesi-

nato de dos señores Obispos, sacerdotes europeos é indígenas, Religiosas franciscanas Misioneras de María, vírgenes chinas consagradas al Señor, seminaristas, débiles niñas de la Santa Infancia, é innumerables cris-

tianos... Fuera difícil describir las villanías cometidas con los fieles seguidores del Crucificado, por aquellos seres degradados, aborto del infierno. Pocos fueron los sacerdotes europeos que pudieron salvarse de aquel horrible cataclismo, de aquella bárbara persecución.

Hacia mediados del mes de Abril se había conferido el cargo de gobernador de la Provincia del Shansi á favor del terrible Iu-sien, enemigo furioso del nombre cristiano, no menos que de los europeos en general. Este nombramiento fué recibido por los paganos por una general explosión de júbilo, así como por los cristianos con sentimientos de temor, angustia y zozobra. El Obispo del Shansi reflexionando seriamente el asunto y viendo la triste fama que acompañaba al nuevo gobernador, puso en conocimiento del ministro de Francia en Pekín sus temores y los de sus cristianos. La respuesta del ministro fué categórica: «No había motivo para abrigar tales temores; el vicerrey Iu-sien, escarmentado de lo que le había sucedido en el Chan-tong, nó se atrevería á cometer nuevas violencias; en caso contrario, el Gobierno francés estaba dispuesto á acudir á la defensa.» Este Iu-sien había sido gobernador del Chan-tong, y en las negociaciones diplomáticas que se entablaron con motivo del asesinato del ministro protestante W. Brooks, se vió palpablemente que era él uno de los principales culpables del crimen. Gracias á la benevolencia y cariño que le profesaba la vieja Emperatriz, no fué degradado ni depuesto siquiera de su cargo y dignidad, no obstante las pruebas irrecusables que presentó el ministro inglés en Pekín Mac Donold y las de su acusador el barón Von Ketteler. En estas circunstancias fué trasladado al vicerreinado de la Provincia del Shansi. Se dice que al abandonar el gobierno de la Provincia del Chan-tong, juró satánica venganza y exterminio contra toda suerte de europeos, en especial contra los cristianos, tanto es así que se asegura que al pasar por Pekín y ser recibido en audiencia, se dice que pidió permiso para poder arrojar del Shansi cuantos europeos de cualquier nacionalidad y condición habitasen en aquella Provincia, lo cual le fué negado.

Habiendo tomado posesión del gobierno del Shansi el 23 de Abril de aquel triste año, á los pocos días publicaba un manifiesto concebido en estos términos: «Habiéndome la benignidad del Emperador nombrado para el gobierno de esta Provincia, es mi deber administrar justicia con equidad y conocimiento de causa; al efecto establezco y ordeno que los días 3.º y 8.º y aun en otros días puedan presentarse al tribunal las acusaciones *ad libitum*; cuantos de entre mis súbditos tengan cuestiones pendientes ó sufran vejaciones del prójimo, acudan directa y confiadamente á mi tribunal y esto sin que sea necesario observar las ceremonias que son de rigor...» ¡Bella teoría y digna por cierto de un buen gobernador de Provincia! Pero las intenciones de aquel satélite de Satanás eran muy otras, pues es público y muy cierto que cada día esperaba ansioso que alguno viniese á acusar á los cristianos y misioneros. Pocos é insignificantes debieron de ser las acusaciones que se le presentaron, cuando á no tardar y viendo que el pueblo tomaba de ahí ocasión para presentarle cuestiones que en nada se relacionaban con la cristiana religión, anuló su anterior decreto de bondad.

No tardó, empero, de manifestar Iu-sien su malquerencia.—Trabajábase febrilmente en la construcción de la vía férrea Pekín-Tae-yuan-fu, y considerando él que un ferrocarril cambia en poco tiempo el modo de ser de un pueblo, quiso oponerse á ello valiéndose de toda su influencia que era grande. Llenó de temor á algunos chinos que como accionistas habían tomado parte en la empresa, y presentó al Trono un memorial pidiendo á nombre del pueblo contrario á la construcción del ferrocarril la derogación de los contratos firmados. No contento aún, procuró deshacerse de cuantas novedades á la empresa iban introduciéndose en la Provincia; quiso á la europea destruir una gran fábrica de armas construída á expensas del Gobierno, prohibió en su provincia la instrucción militar á la europea... en una palabra, un perfecto paso atrás, volviendo á la antigua.—En esto, Dios nuestro Señor en sus designios quiso probar al Shansi con una horrible sequía durante la que y para obtener la lluvia los paganos visitaban las pagodas consagradas á sus divinidades, no desdenándose el Gobernador en acudir personalmente á formar parte de estas procesiones. Fué entonces cuando por vez primera se oyeron los truenos anunciadores de tempestad; fué entonces cuando con gran contentamiento, con aprobación visible de Iu-sien se oyeron frases como estas: *Kae tan cha ian jenn. Kae tan cha fun hiao jenn.* «Conviene matar los europeos. Es necesario dar muerte á todos los cristianos; ellos son la causa de las iras de nuestro dioses.»

El día 13 de Mayo el Ilmo. Sr. Fogolla, obispo coadjutor del Sr. Grassi, se presentó en el Gobierno para hacer una visita de etiqueta y, según es costumbre, felicitar al nuevo gobernador por su nombramiento, etc.—Contaba después el señor Obispo que durante la conversación que tuvo con el Gobernador, dió éste bien á entender el odio que abrigaba contra los ingleses y alemanes y contra todo europeo en general. Según un decreto imperial de Junio de 1899 que reconoce á los señores Obispos una dignidad igual á la de Vicerrey, y según todas las leyes de la urbanidad china aun entre los más rústicos, el Vicerrey debiera haber devuelto la visita, pero no lo hizo. Cada día se esperaba en la Residencia al Gobernador, y tanto retardar dió no poco que pensar á los misioneros que ya preveían el mal cariz con que se presentaban las cosas. En el entretanto se llegaba á saber que dicho Gobernador ordenaba á todos los mandarines sus subordinados rompieran toda relación de amistad con la Residencia oficial del Obispo y con los misioneros de los respectivos distritos. Los primeros días del mes quinto de cada año es costumbre general en China un cambio de regalos entre la Residencia y el Gobierno, como entre los mandarines inferiores y los misioneros católicos; este año fueron rechazados todos los regalos sin excepción; las pruebas de inminente tempestad no podían por tanto ser más evidentes.

Iu-sien, á fin de promover eficazmente en el Shansi la secta de los boxers, había llamado algunos de los principales de sus jefes de Chan-tong, los que distribuidos por las poblaciones y lugares más importantes de la Provincia se propagara rápidamente hasta por los más insignificantes villorrios. Se formaron bajo la protección del Gobernador Sociedades llamadas de defensa

contra el nombre cristiano y europeo. Se publicaban manifiestos y hojas llenas de negras calumnias é indecencias y groserías y ridiculeces con que se encendía en los ánimos el odio y la venganza contra la Religión. Cada día aparecían en los muros de las casas de aldeas y pueblos tales pasquines, que no tardaron á verse á las mismas puertas de la ciudad de Tae-yuan-fu, capital del Shansi. Hecho curioso; algunos de estos pasquines estaban escritos con caracteres que sólo los *iniciados* podían descifrar, pues para los sacerdotes chinos bien instruidos y aun para algunos literatos cristianos, uno de ellos en dignidad mandarinal, eran completamente indescifrables: En uno de estos papeluchos se decía entre otras cosas: «Los cristianos protegidos de los europeos trastornan el Imperio, insultan la Dinastía, des-

precian las cosas más sagradas y la verdadera doctrina. Sus maestros (los misioneros) construyen altas iglesias sobre la ruina de nuestras pagodas, engañan los inocentes, arrancan el corazón y los ojos de las criaturas, envenenan el agua de nuestros pozos...» Alarmado el señor Obispo, Ilmo. Sr. Grassi, escribió frecuentemente al Gobernador rogándole tomara cartas en el asunto é hiciera cesar la indigna cuanto fanática propaganda de calumnias y odio que se venía haciendo contra la Religión católica, pero estas súplicas no eran oídas ni contestadas por el autor principal de tanto fanatismo, el gobernador Iu-sien. Y comienza ya la persecución.—FR. JOSÉ M.^a DE IBARRIZAGA, O. F. M.,
Misionero Apostólico.

(Continuará).

MISIONES DEL PERÚ

II



ECÍAMOS que aparte del gran contingente civilizado y social, ofrece el Perú vastas extensiones territoriales pobladas de indígenas, que si bien sostienen alguna relación con los civilizados, deben, no obstante, clasificarse pura y simplemente como regiones infieles.

Declarando aquella idea, por el interés que nos inspira la información exacta, diremos hoy que si bien la región habitada por puros salvajes puede reducirse á un tercio ó menos de la extensión total de la República, no por eso lo demás de ella está en condiciones de llamarse culto y civilizado en el sentido que damos á estas palabras.

Si en todas las naciones la cultura se muestra en gradación indefinida, según que sus habitantes se encuentran más ó menos próximos á los centros de progreso y movimiento mercantil, y más ó menos influidos del *control* económico y administrativo, con doblada razón debe esto decirse no del Perú solamente, sino de toda República ó Estado joven, que después de abolir el antiguo orden de cosas, tienen que emprender nueva labor fundamental para formarse y constituirse, si quieren más tarde ser inscritos en el rango de otros países en que las instituciones y el gobierno evolucionan constantemente, logrando aparecer como Estados verdaderos que saben establecer la cultura y el orden hasta en lo más remoto de sus respectivos confines.

La República peruana, como sus similares de Sud-América, no ha logrado aún instaurar un régimen administrativo práctico que le permita centralizar las energías y utilidades de sus diversas provincias, debido á que no posee todavía la manera eficaz de asimilar en uno todos sus elementos de progreso material y político; y esto porque aún queda mucho por hacer en el sentido de enlazar sólidamente los departamentos por medio de líneas férreas que permitan vivir á las regio-

nes apartadas la vida de las capitales. Por eso se hallan con frecuencia gran número de pueblos de serranía, que parecen vivir no en el siglo XX, sino dos ó tres siglos atrás. En esto, bien mirado, no hay gran cosa de que maravillarse, toda vez que sin mucha dificultad podríamos hallar en las más aventajadas naciones más de un pueblo á quien aplicar la misma consideración.

Hemos mencionado este preliminar con el fin de hacer palpable la doble tarea del misionero en el Perú, pues no sólo debe atender á las Misiones de infieles que llamaremos apostólicas, sino que ha de consagrarse á la cultura de los expresados pueblos un año tras otro, sin casi poder convertir su atención á otra cosa. Muy frecuente es en el Perú ver caravanas de misioneros que abandonan su morada claustral para encaminarse por serranías y despoblados, en busca de gente ignorante á quien instruir y catequizar; predicar cursos de Misión en los pueblos mayores, y luego repartirse de dos en dos recorriendo los pueblos de menor significación en medio de privaciones que sólo ellos saben ponderar y soportar, para seguir en el cultivo de la semilla evangélica que, por falta de curapárrocos, permanece como amortiguada en corazones que, por otra parte, podrán ser de bellísima condición y muy bien dispuestos para escuchar y practicar las enseñanzas del misionero.

No faltan pueblos rebeldes, y aquí les es preciso doblar sus esfuerzos, volver una vez y otra sobre la misma tarea y emplear todo género de recursos para que el mal no prevalezca.

El Franciscano las realiza siempre incansable estas excursiones por los departamentos del Perú; y ve correspondido su apostólico celo con el ascendiente que goza, no sólo entre la gente sencilla, sino aun con las personas conspicuas, aunque sean éstas en su mayor parte de ideas indiferentes.

Sea por su carácter abiertamente democrático, que



MOGOLIA. — LINTERNA DE NUEVE PISOS EN EL PALACIO IMPERIAL DE JEHOL. — Reproducción directa de fotografía enviada por el R. P. Kervyn. (Pág. 179)

lo asimila y confunde con el pueblo, sea porque sus méritos justifican esta preeminencia, es lo cierto que en manos del misionero Franciscano está todavía la formación religiosa de esta República. Mas este papel principal que desempeña en la sociedad es precisamente una rémora para que pueda consagrarse con la eficacia que fuera menester, á las Misiones de infieles. Con todo, la Prefectura Apostólica franciscana del Mcayali cuenta con personal numeroso que trabaja con fruto.

Del preliminar expuesto se infiere también que las regiones amazónicas confiadas á las tres Prefecturas, no son exclusivamente de infieles, sino que merced al interés creciente que estas regiones van despertando en asuntos financieros, se ha logrado formar centros de relativa sociabilidad, aunque contando, en el seno mismo de las selvas, centros en que las transacciones revisten carácter eminentemente mundial, como es la ciudad de Iquitos en el Perú y Riberalta en Bolivia.

Teniendo esto en cuenta y la natural comunicación de fronteras entre el país civilizado y el salvaje, toda-

vía hemos de añadir para el Perú un dato de significación, á saber, que el adelanto social de los ríos Marañón y Ucayali (el Ucayali es tributario del Amazonas, el Marañón es su origen) y aun del mismo Amazonas, traen su origen de poblaciones antiguas fundadas en tiempo del virreinato español, formadas y sostenidas en aquel entonces por misioneros, como sucede siempre. En efecto, los Padres Jesuitas fundaron pueblos con elemento infiel que lograron transformar; los fundaron también los Franciscanos en iguales circunstancias, á tiempo que los individuos de estas Religiones y de todas las otras, diseminados por Virreinos y Audiencias, lograban reunir hermosas agrupaciones, que desde entonces han sido pueblos, bien alrededor de una cruz que ellos plantaban, ó de una iglesia que fabricaban cuando sus recursos podían permitirlo.

La diferencia entre unos y otros pueblos está en que los de serranía, como menos distantes para la administración eclesiástica, han tenido la buena suerte de seguir ilustrados por el personal religioso primero y eclesiástico después, alcanzando el consiguiente progreso, y entretanto los pueblos plantados en región salvaje, si bien algunos comprendieron en parte los bienes de la agrupación y siguen formándola, han ido desmereciendo en sentimientos religiosos ó transformando las pri-

meras creencias y mancillándolas con sinnúmero de supersticiones, ó, mejor dicho, adoptando abiertamente las antiguas para formar una mezcla repulsiva difícilísima de extirpar.

Es de saber que la población de estos ríos proviene de la antigua Provincia de Mainas, separada de la Audiencia de Quito (hoy República del Ecuador) por real cédula que Carlos IV, rey de España, expidió en 1802, á solicitud del gobernador Francisco Requena, quien propuso á S. M. Católica la formación de un obispado peruano en estas regiones, y que su evangelización se confiase á los Padres Franciscanos. Esta Provincia oriental vino á formarse en grado considerable por descendientes de aquellos españoles que, con su valor legendario y sedientos de aventuras, bajaban á ellas desde las regiones civilizadas del Perú y Nueva Granada, y especialmente desde Quito, por el gran río Napo.

Así llegó á florecer la Provincia de Mainas, alcanzando su auge con la famosa administración de D. Francisco Requena, consagrado por entero á promover sus

adelantos en materia civil, defenderla de incursiones portuguesas que á ella venían desde el Brasil, y hacer que no sólo fuera teatro de activa exploración, sino centro de operaciones para otras muchas que debían efectuarse al interior de las montañas del Perú.

Como los Franciscanos se distinguían en este ramo, por haber más de un centenar de ellos diseminados por las montañas del Perú y su región salvaje, á ellos volvió sus miradas para que la exploración y la cultura obtuviesen el apetecido incremento, y de ahí el haber sido designados por colaboradores principales de la diócesis, cuyo Pastor, dicho sea de paso, ha sido también franciscano en todo el curso del siglo pasado.

Así hubiera llegado á ser la Provincia de Mainas culta y adelantada como cualquiera de la República; pero sucedió que al emanciparse de España los peruanos, lejos de interesarse con actividad ejemplar por el mejoramiento de su patria, tuvieron demasiado que hacer para mucho tiempo con entenderse á sí mismos, divididos como andaban en bandos intestinos, que de todo tenían menos de patriotismo; y más tarde cuando la nación alcanzaba regular consistencia, optaron por gobernar en jacobino, desentendiéndose de Religión, y volviendo su atención á las Misiones, no para sostenerlas y aumentarlas, sino para señalar con el dedo á los que las servían, y alegando que eran extranjeros (porque los peruanos misioneros hasta hoy pueden contarse con los dedos), y precisamente súbditos de la nación que los había esclavizado, como decían los demagogos, lanzan contra ellos el decreto de expulsión, por parecerse en algo siquiera á los famosos Aranda y Choiseul.

Ciertamente que el Perú de hoy no es así, pues ha comprendido á su costa lo que vale su antigua madre, y acoge á los hijos de ésta para evangelizar á los suyos, así civilizados como salvajes, pero hablamos de otros tiempos y de su relación con los presentes en lo que hace á las Misiones.

Faltando las Misiones y colonos españoles, la Provincia de Mainas, de tan risueñas esperanzas, languideció, formándose generaciones de muy escaso valer, y decayendo la vida de sus pueblos. Hoy revive, merced al movimiento comercial del caucho, debiéndose contar, además, en ella, la industria de sombreros y tabaco; mas en lo que hace á Religión, costará mucho hacer que ésta vuelva á su primer puesto.

¿En qué nivel moral colocaremos á los que se pasan no una noche, sino hasta ocho días haciendo conmemoraciones á su modo por el difunto, alrededor de una vasija de veinte litros de aguardiente? ¿Qué juicio se formará de gente que lleva sus niños á presenciar estas bacanales, porque como bacanales son de lo más legítimo, y forma de ellos un corro al pie ó en derredor del cadáver para que se estén jugando á las cartas, mientras que los mayores de ambos sexos aprovechan el tiempo para divertirse cuanto se les antoja, á la luz de la luna ó en lo más cerrado de las tinieblas? ¿Qué clase de fiesta ó religión será sacar una imagen sagrada de la iglesia, y llevársela río abajo ó río arriba, que da lo mismo, metida en la canoa, en manos de gente alcohólica que forma tumultos y algarabías que hacen estremecer?

Tal es lo que llamaremos el *pueblo* de estos ríos me-

dio civilizados. Así son sus entierros, así sus procesiones, así los cultos que tributan á una imagen cualquiera que tenga la desgracia de caer en sus manos ó en sus casas. ¡Qué *bonitas* cosas pudiéramos decir, por ejemplo, del Niño Jesús ó de San Antonio! ¡Cuántas borracheras, bailes obscenos y demás desórdenes, se han cernido en derredor de las sagradas imágenes! Con decir que todo se hace á estilo pagano, hemos dicho lo bastante.

Las ideas religiosas de los que podíamos llamar portavoces en este movimiento, no son tampoco de mucho consuelo para el espíritu cristiano. La falta de instrucción sobre puntos definidos hace que la religión de esta gente sea un vagar sin norte ni orientación de ningún género. Viven del todo absortos por la materia. Y conste que hablamos de los mejores ó de los menos malos. Porque la generalidad es víctima de casi total descreimiento, está llena de prejuicios contra la Religión y presenta un aspecto que causa miedo.

Esto es fácil comprenderlo, si se tiene en cuenta la natural disposición del hombre que detesta con todo su ser el freno de la ley moral; si se observa que en este país tras de haberse amortiguado en la manera dicha las creencias de los antepasados, hubo de aparecer un corifeo funesto de incredulidad (Ramón Berea, eclesiástico gallego ó portugués), el cual escapando á la sanción que le amenazaba en su patria, vino á estos montes á vivir según sus instintos. Pero eso sería lo de menos. Parece ser que el demonio se hubiese apoderado de él en cuerpo y alma, pues emprendió con esfuerzo digno de mejor causa una campaña de pura desecolización y con el arma que mejor se prestaba para sus intentos: el sarcasmo y el ridículo.

Ha consumado su tarea infame en forma de pequeños opúsculos que andan diseminados por toda la inmensa hoya del Amazonas y sus tributarios, y en tales condiciones topográficas no parece sino un ser maléfico que destila su veneno gota á gota sobre el corazón para que bien pronto aparezca contaminada toda la periferia del organismo. El hecho de que el Amazonas sea la verdadera llave para introducirse simultáneamente en el Brasil, Ecuador, Colombia, Bolivia y Perú, es causa de que las doctrinas de Berea se hayan difundido con espantosa celeridad, llegando á inficionar hasta el corazón de todos estos Estados ecuatoriales.

El cielo, el infierno, la confesión, la misa y demás, son cosas inventadas por los curas para sacar dinero; el Papa un tirano de las conciencias; el sacerdocio una inmundicia, el matrimonio un perfecto disparate. No queremos seguir.

Como es natural, primero se sientan estos precedentes para poder después concluir con la vida libre, de donde resulta un gran rebajamiento para la mujer, la cual se esfuerza en ocultar su pesadumbre echando á un lado la vergüenza. El hombre estará con ella mientras sea su real voluntad; cuando se cansa la dejará arrimada como un utensilio, con más el cortejo de sus hijos, salvo que el padre, cosa que pocas veces sucede, mire por ellos.

FR. LEANDRO CORNEJO,
Misionero Franciscano.

(Concluirá).



MOGOLIA.—EL DESCANSO DE LOS NIÑOS DE MI ESCUELA.— Reproducción directa de fotografía remitida por el reverendo P. Kervyn. (Pág. 179)

LOS MÁRTIRES DE UGANDA

RELACIÓN TOMADA DE LA HISTORIA DE LAS MISIONES DEL AFRICA CENTRAL
POR UN PADRE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(Continuación)

C UANDO se vió á solas con su ministro, dijo éste: «Oye, Señor, ¿cuáles fueron las palabras de Sambo? «Los ingleses llegarán como hipopótamos y despedazarán á tu reino como leones.» ¿Cómo habló Msimu á Muanga? «Al oriente está la puerta de Uganda.»

«¡Basta, basta! exclamó el rey. De ninguna manera, los ingleses no deben venir aquí, y á los maestros no les permitas que vuelvan á su señor.»

Triunfante se alejó Katikiro; el día de la venganza estaba cerca.

El caso había sido como sigue: El obispo anglicano Hannington se encontraba efectivamente en la costa oriental del lago. Aunque aquél se hallaba muy ajeno á todo plan hostil, sin embargo en el suspicaz príncipe negro se despertó el miedo, tanto más cuanto que los dos ingleses habían hecho mención indiscretamente del numeroso séquito de su señor. Aunque el rey por el momento no intentaba lo peor, logró con todo muy pronto Katikiro arrancarle la sentencia de muerte. Llegó un día, enviado por Sambo, un mensajero que dijo: «Los blancos se hallan ya camino de Busoga.» Al punto acu-

dió el ministro con la nueva á Muanga. «Tienen que morir,» fué la orden inmediata. Apenas los misioneros anglicanos se enteraron de la brutal sentencia, no dudaron un instante de que se trataba de su obispo. Dirigiéronse sin perder tiempo á la residencia, pero dos días enteros insistieron en vano para lograr audiencia. En cuanto el P. Lourdel supo la terrible nueva, se presentó sin demora á Muanga, que le recibió amistosamente y le consoló con la promesa de que retiraría la orden dada contra los blancos. Desgraciadamente no era cierto; pues pronto el obispo y cuarenta de sus compañeros fueron asesinados. Los dos ingleses que se hallaban en Rubaga, debían morir algunos días más tarde. Cuando éstos se enteraron de ello por los misioneros católicos, quisieron apartar de sí á tiempo la ira del monarca. Grande fué la sorpresa de éste, cuando vió que aquéllos se hallaban al tanto de la muerte de su obispo y de la suerte que les esperaba.

«¡Oh! ¿es que en todas partes hay traidores? ¿Quiénes son? También ellos tienen que morir.»

Los ingleses, sin embargo, permanecieron impasibles

ante tales amenazas, y por nada quisieron dar el nombre del amigo que les había dado la noticia.

La primera victoria de Katikiro resultó, pues, brillantísima. El malvado triunfaba. La sangre había corrido ya una vez. ¿Por qué no había de seguir corriendo? Parecía como que el mismo cielo ponía el poder en manos de la maldad y que Dios tenía ya á muchos cristianos por dignos de la corona del martirio. Empezaba á clarear la mañana del 14 de Noviembre, cuando llamaron violentamente á la puerta de la Misión. En cuanto la abrió el Hermano, precipitose sin aliento al patio José Mkasa. Con dificultad pudo articular estas palabras: «El rey está gravemente enfermo.» Al instante el P. Lourdel, que el día anterior había prestado asistencia médica á Muanga, tomó con el cristiano el camino de la residencia. En ella había empezado ya de nuevo Katikiro con éxito á desarrollar sus planes contra los cristianos.

Llegado que hubo á la casa, logró el misionero no sin gran trabajo hacer tomar al tirano un calmante. Katikiro tenía ya ganada la partida. Apenas se retiró el P. Lourdel, empezó, en unión con Bamasola, enemigo también encarnizado de José, á culpar á éste de una tentativa de envenenamiento. Suspica por naturaleza, el rey se había hecho más desconfiado todavía por los acontecimientos de las últimas semanas. «¡Fuera con esa serpiente! exclamó iracundo. Arrojadla á las llamas, para que su veneno no me emponzoñe.» Todos los presentes se conmovieron ante la repentina resolución del rey. Los más no podían ocultar su estupor; porque José por su carácter leal era generalmente amado y apenas tenía un enemigo fuera de Bamasola y Katikiro. Hasta el mismo verdugo Mkadjanga, que ocupaba á la sazón el puesto de Mbagá, vaciló un momento en consumir el sacrificio. Le parecía increíble que Muanga perseverase en su sentencia, cuando se disipase su furor. También el primer ministro, que conocía demasiado bien el carácter del tirano, se temía algo parecido, y por lo mismo insistió en la inmediata ejecución de la sentencia.

«¡Apártate de mis ojos! gritó el irritado príncipe. ¿He de tener siempre traidores á la vista? ¿Qué te detiene aquí, esclavo?»

Mkasa echó una última mirada á sus enemigos y siguió al verdugo.

Delante de la ciudad se elevaba una colina; á ella se dirigió la fúnebre comitiva. José se hallaba sereno y tranquilo, ni una queja salió de sus labios, que se movían recitando piadosas oraciones. Por fin llegaron al lugar de su ejecución. Sin resistencia se dejó el mártir atar á los haces de cañas allí dispuestos. Levantó una vez más los ojos al cielo, como quien de allí esperaba la gracia y el valor, para el tiempo terrible del tormento. De todas partes le excitaban los paganos á renunciar á una fe, que tan infeliz le hacía, y á volverse á los Lubalis. José guardó silencio. Entonces, cuando el verdugo aplicó la tea, para ejecutar la sentencia, abrió su boca el ajusticiado y dijo con potente voz:

«Mkadjanga, di á Muanga que muero inocente. Si se arrepiente de su crimen, Dios se lo perdonará; pero si no se arrepiente, yo le emplazo ante el tribunal de Dios.»

Las últimas palabras salían ya de en medio de las llamas, que, retorciéndose como sierpes venenosas, envolvían el cuerpo del glorioso mártir. Poco después elevóse á los cielos el alma del primer mártir de Uganda. Seguramente que allí pide á Dios para los gloriosos héroes, que han de seguir sus huellas, la gracia de la fidelidad y constancia en los tormentos.

Cuando los cristianos se enteraron de la muerte de su compañero, su dolor fué inmenso, pero su valor no decayó un instante; ni uno solo vaciló en la fe. Los sentimientos que los misioneros experimentaron, al conocer el fin del vencedor, casi pudieran calificarse de santo regocijo. Bien presentían ellos por una parte lo terrible del golpe y se inquietaban por el resultado de la persecución, mas por otra comprendían también que desde entonces en la persona del primer mártir podían contar con un poderoso intercesor para los atribulados cristianos ante el trono del Señor. Y á la verdad, ¿no era esto una señal cierta de que á la Misión para tiempos más ó menos lejanos sonreía un glorioso porvenir? Donde corre una vez sangre de mártires, germina á pesar de las persecuciones la semilla del Cristianismo. Con tan dulce esperanza pedían los misioneros: «Señor, acepta la víctima sacrificada en tu honor y aparta la maldición, que pesa sobre esta porción de la tierra y sobre los desdichados hijos de Cam.»

Como semanas antes, cuando los presagios de la persecución conmovieron á los neófitos por primera vez, ahora también empezó un período de inusitada actividad para los Padres. Ya en la primera noche después de la ejecución de Mkasa vinieron numerosos catecúmenos á la Misión, á implorar la gracia del santo bautismo. «José es feliz, decían, porque ha muerto como cristiano; á nosotros nos aguarda la misma suerte. Bautízanos, para que nos reunamos con él.»

Perseguidos como fieras salvajes, vagaban por todas partes los pobres neófitos; nadie quería recibirlos, hasta sus mismos padres los arrojaban de su casa, para no atraer sobre sí la ira del rey y no verse envueltos en el general exterminio. Por dicha de los perseguidos se hallaba entonces presente en Rubaga el reverendísimo Obispo, Monseñor Livinhac. Así fué posible que los atletas de Jesucristo recibiesen el santo sacramento de la Confirmación antes de la batalla decisiva. Robustecidos con la gracia y la fortaleza del Espíritu Santo, miraban una muerte tan cruel con el sereno valor de una fe inquebrantable.

7.—Nuevos héroes; crece la persecución

Katikiro y sus colegas no cesaron entretanto de indisponer cada día más seriamente al monarca con los fieles de la odiada religión. Explotaban contra ellos todo evento, que aparentemente desfavorecía á los cristianos. Ya hemos hecho observar en el primer capítulo de nuestra narración como Sambo, el adivino, quiso hacer creer á su señor que él había previsto la llegada al país de los conquistadores extranjeros. De hecho corre muy válida entre los negros la tradición de que por el oriente, la puerta de Uganda, se acerca un enemigo que ha de poner fin á la dominación de los príncipes indígenas. Apenas el solapado ministro tuvo indicios de que una

expedición alemana intentaba cruzar las tierras de Uganda, cuando se dispuso á intimidar al monarca.

«Señor, ahora puedes ver cuán fieles te son los cristianos. Porque has dado la muerte al traidor Mkasa, han contraído alianza con los extranjeros, para destrozarte y poner en tu lugar á uno de los suyos.»

«Yo acabaré con ellos, fué la respuesta de Muanga. Hay que ejecutarlos en masa. Esos cristianos logran de Dios cuanto apetecen. Antes me tenían por su amigo, pedían por mí y Dios apartaba de mi cabeza todos los peligros. Ahora se conjuran para mi ruina. A toda costa tengo que quitar de en medio á esos malvados.»

«¡Muy bien, Señor! ¡muy bien, Señor! exclamó gozoso Katikiro. Pero ¿por qué te contienen todavía? Da la orden y todos serán hoy pasto de las llamas; no escapará ni uno solo.»

«Mi espíritu piensa de otro modo. Una nubecilla se extiende todavía ante mis ojos y no me deja ver claro; pero muy pronto mi mirada quedará libre.»

«¿Y si entretanto te dan ellos la muerte?»

«¿No me eres tú fiel, Katikiro? ¿Tu corazón no será un muro ante mi persona, para que ninguna lanza llegue á mi pecho?»

«Cierto que sí, mas ¿qué puede un hombre contra muchos?»

«Que mueran todos, pero hoy no; puedes retirarte.»

Poco después de haber abandonado la choza su ministro, salió también el rey armado con su espada.

Empezaba á obscurecer, cuando Muanga volvía á su casa del paseo. Iba ya á cruzar el último patio, cuando súbitamente se detuvo. Inquieto atisbó unos momentos y se deslizó en silencio á la empalizada. Tras de ella se hallaban dos niños en animada conversación.

«Pero el rey ha prohibido rezar con los Padres blancos, dijo el uno, y el que se resista morirá, como Mkasa.»

«Óyeme, Kaluga, respondió el aludido, si el rey te manda algo, y Katikiro dice: «No lo hagas, sino te pego.» ¿Vas tú á obedecer á Muanga ó á su servidor?»

«Al soberano, claro está que sí, porque él es mi señor.»

«Mira, lo que pasa es esto: Kalonda nos manda aceptar la religión de los Padres blancos, y el rey nos lo prohíbe.»

«Pero Muanga nos arrojará á las llamas.»

«Así es la verdad, Kaluga, pero si tú no sigues á Kalonda, te abrasarás mucho más tiempo y sin embargo no morirás.»

«¿Abrasarse, abrasarse tanto tiempo y no morir? Eso es imposible.»

«¡Oh no, no! exclamó el pequeño. Kalonda ha encendido un fuego para todos los que no le siguen, y aunque echases sobre aquellas llamas toda el agua del Nyanza, no se apagaría, y aunque contases todos los granitos de arena en sus orillas y dijases: Tantos son los años que los malos han de arder, todavía sería el número pequeño.»

«Esa es una historia atroz, no cabe en la cabeza de Kaluga.»

«Vente conmigo á los Padres. Ellos saben muchas cosas más, que han de alegrar á Kaluga. Ellos te hablarán de una reina hermosísima y de su niño.»

Ya no pudo aguantar más el tirano. «¡Aguarda! gritó, yo te voy á pagar la desvergüenza.» Al mismo tiempo atravesó con su espada el cuerpo del muchacho. Dionisio fué el segundo mártir.

Entretanto había huído Kaluga á la Misión; dió á los Padres la triste noticia y pidió al mismo tiempo el santo bautismo.

Rebosando ira, volvió Muanga á su choza. Rechinando de rabia, se arrojó sobre su asiento, y dijo una y muchas veces: «Tienen que morir, sino, van á pedir á Dios que me abrase.» De repente dió un salto y ordenó: «Que venga al instante Katikiro.» Inmediatamente corrió un paje á buscarlo; por fin se presentó.

«En cuanto se cierran las puertas de la ciudad, le dijo el rey, ningún blanco, ni wagunda alguno salga fuera. Mañana es el día de la venganza.»

Con gran satisfacción recibió el ministro el encargo de su señor.

Aunque Muanga quería sorprender á todos los cristianos en la próxima madrugada y estaba seguro de que nadie fuera de Katikiro conocía el decreto, sin embargo lo llegó á sorprender un cristiano. Corrió éste, como espoleado, á la Misión, para llevar á tiempo la noticia á los Padres. Ya no había lugar á duda. El resto de la noche lo pasaron los Padres rogando al cielo por sus neófitos y catecúmenos. Antes de amanecer el P. Lourdel se dirigía impávido, como buen pastor, á la residencia. En el camino encontró grupos armados y apresuró el paso. ¡Cuán grande no sería su admiración al ver á los cristianos entrar y salir de la corte, sin el más mínimo temor! Al momento pidió ser presentado al rey. Se le negó la demanda. En el interior de la casa del rey experimentaba entretanto un niño la crueldad del tirano. Exaltado y con violencia llamó Muanga repetidas veces al niño Kiussuka. Nadie se presentó. Esto exacerbó la cólera del rey.

«¿Es esto un levantamiento? gritó echando fuego por los ojos. ¿Nadie me trae aquí á ese miserable? Hay que cortar las orejas.»

Entonces trajeron al niño. Tranquilo y sin tener noticia del mandato del rey había estado trabajando no lejos de la choza, hasta que un criado lo cogió y lo trajo arrastrando. Entonces pudo oír las últimas palabras del príncipe.

«Perdón, señor, gritó Pablito, yo no sabía nada.»

«¡Fuera con él!» exclamó el tirano, y al punto quedaba cumplida su sangrienta obra.

El P. Lourdel perseveraba todavía resignado ante la puerta de la residencia. De tiempo en tiempo llegaba á sus oídos la robusta voz de Muanga. Por el tono comprendió que el príncipe había dado rienda suelta á su furor.

«¿Eres tú el cabecilla de los cristianos de Kuagón?» oyó decir desde fuera. El misionero contuvo la respiración, para entender la respuesta, y logró oírlo todo. En el interior de la choza estaba de pie un joven guerrero, Santiago Buzabalia, quien respondió impertérrito: «Cristiano sí, lo soy; pero su jefe, como dices, no.»

«El joven militar quiere darse tono; quien le viera creería tener delante al mkuinda (gobernador).»

«Gracias, gracias, por el noble título que me concedes, señor.»

«Este hombre es el mismo, gritó irritado el rey, que me quería convertir al Cristianismo.» El P. Lourdel prestaba oídos, inquieto: «Verdugo, agárralo, oyó decir, hazlo pedazos ahora mismo, empezaremos hoy por él.»

«Pásalo bien, rey, dijo el joven cristiano sin temblar, yo voy al paraíso á pedir por ti al Señor»; y se dejó atar por el verdugo.

Abrióse la puerta y el verdugo salió de la choza. Presuroso el misionero pasó á su lado, para que el sentenciado le pudiese ver. Efectivamente, Santiago dirigió su mirada al sacerdote, y éste, elevando rápidamente la mano derecha, dió al atleta de Cristo la última absolución. Como respuesta, levantó éste sus manos encadenadas hacia el cielo. Su rostro sereno parecía decir: Allí arriba nos veremos de nuevo.

Como Katikiro vió que su señor se hallaba en la mejor disposición para condenar á muerte á todos los cristianos, creyó que no necesitaba ya poner el menor freno á su rencor, y desde luego empezó á condenar por cuenta propia á los neófitos. El primero que experimentó su despotismo fué Matías Murumba. Mirándole despectivamente, le preguntó:

«¿Eres tú aquel Murumba, que en su vejez ha abrazado la nueva religión?»

«Sí, yo soy,» respondió.

«¿Por qué rezas tú?»

«Porque quiero.»

«Has despedido á tus mujeres; ¿vas á hacerte en adelante tú mismo la cocina?»

«¿Pero me han traído á tu tribunal porque estoy flaco ó porque soy cristiano?»

«Verdugo, fuera con él, mávalo.»

«Ese es mi mayor anhelo,» exclamó Matías lleno de júbilo.

Katikiro daba diente con diente. Semejante fortaleza humillaba su altanería. «Cortadle manos y pies, sacadle tiras de sus carnes y asadlas ante sus ojos,» gritó el malvado, y añadió con blasfema y maligna ironía: «Dios te librará.»

Este cobarde insulto hirió en lo vivo al confesor. «Ciertamente, dijo, Dios me librará. Tú no verás seguramente, de qué manera. El acogerá en su seno mi alma; en tus manos no quedará más que esta envoltura mortal.»

Para llevar á cabo sin contratiempos su obra diabó-

lica, condujo Mkadjanga al sentenciado á una colina frondosa llamada Savaridja.

Acompañado de su amigo Lucas Banabakintu, que igualmente debía morir, caminaba Matías, á pesar de sus cadenas, sereno y alegre tras del verdugo. Llegados al lugar de la ejecución, arrojáronse los ayudantes del verdugo sobre el valiente confesor, le cortaron con un hacha las manos y los pies, y los asaron ante sus mismos ojos. Después, así mutilado, lo tendieron con el rostro hacia la tierra y le arrancaron anchas tiras de carne de las espaldas. También éstas las tostaron al fuego. Ni una sílaba dejaron escapar los labios del héroe cristiano durante tan atroces tormentos. Para hacer sentir á su víctima las angustias de una larga agonía, pusieron aquellos inhumanos verdugos todos los artificios de su cruel profesión, en restañar la sangre y lo lograron con exceso. Después de inacabables dolores y abrasado por ardiente sed, entregó por fin el mártir su alma en manos de Dios. Desamparado y sin el menor alivio en sus terribles tormentos fué un verdadero imitador de su divino Maestro, cuyo corazón traspasado abraza con inmenso amor á las desgraciadas tribus del Africa.

Cuando se desatan las pasiones de los hombres, parece que éstos compiten en extremar sus diabólicas empresas. Que Muanga no había de ser menos cruel que Katikiro, vil instrumento de sus caprichos, lo demostró muy pronto el próximo proceso.

Manifiestamente no quería el ministro dejar cristiano alguno de influencia en la corte. Para ello debían desaparecer ante todo los pajes cristianos y su prefecto Carlos Luanga. Este último recibió el primer golpe. Hacía ya algún tiempo que le habían prohibido toda comunicación con sus hermanos, para inclinarle más fácilmente á la apostasía. Todo fué en vano, no quedaba ya otro recurso que la muerte, y ésta debía ser terrible.

Lentamente y empezando por los pies abrasó al mártir aquel inhumano asesino. Burlas crueles aumentaban el tormento.

«¿Cómo no viene Dios y te libra de las brasas?» decía sarcásticamente el verdugo. Sereno replicó Carlos: «Pobre infeliz, no sabes lo que dices. En este momento estoy yo, como si me rociaras con agua todo el cuerpo; pero á ti ese Dios, á quien ahora insultas, te arrojará á un verdadero y terrible fuego.» Después de estas palabras se recogió dentro de sí mismo y sufrió su lento martirio sin proferir un solo lamento. — (Continuará).

BIBLIOGRAFIA

Manual del devoto del Santísimo Sacramento, compuesto por Federico González Suárez, Arzobispo de Quito. Cuarta edición. Con un hermoso grabado. En 16.º, 14 × 9 cms. (XXII y 138 págs.). En tela, cortes dorados, Fr. 1'40; en piel, cortes dorados, Fr. 2'75.

Contiene veintiocho devotas oraciones distribuidas para los días de la semana, formando una serie de cuatro semanas completas, son excelentes compañeras para practicar con fru-

to visitas al Santísimo Sacramento; está presentado con la perfección que tiene acreditada la casa Herder, que es la editora.

Los elegidos, novela, por D. Vicente Díez de Tejada. «Biblioteca Patria.» Madrid.—Testigo de la semana mal llamada trágica, pues no tuvo ni pizca de grandeza y lo tuvo todo de infamia, me causó una impresión desagradable ver relatados

como novela aquellos hechos, cuyo recuerdo llena de indignación y vergüenza. Que se inventen pueblos, Aldibuenas, Fresneda, que se inventen amores y hasta actos de heroísmo en hechos tan faltos de héroes como sobrados de criminales y de cobardes, y que entre tales invenciones se lean párrafos de artículos de Lerroux y otros de una carta del Cardenal Vives, será todo lo ingenioso que se quiera, estará, mejor dicho, está hecho con intención buenísima, pero... á mí no me gusta. De la semana infame no comprendo novelas, sólo comprendo la historia execrándola y el justo castigo.

Los curas, opúsculo.—Administración de *El Perpetuo Socorro*. Madrid. Es excelente librito de propaganda católica en favor del sacerdote, tan calumniado por los avanzados de nuestra tierra, que latosos y cortos de ingenio no saben servirles á sus mansísimos lectores otro plato que carne de cura. El día que en el mundo no hubiera necios, se le habrían acabado los lectores á la tal *pressita*. Para espabilar los que sean capaces de espabilamiento, es excelente este opúsculo, que recomendamos muy de veras, y que á sus muchos méritos reúne el de ser baratísimo.

Los niños confesándose y comulgando, por el R. P. Manuel de Arriandaga, misionero Hijo del Corazón de María.—Precio: 10 cénts. ejemplar; 100, 8 ptas.—Eléxpuru, hermanos, Bilbao.—Cuando deben confesarse y comulgar los niños, verdades que los niños deben saber para hacer su primera Confesión y Comunión, método para confesarse bien y para comulgar bien es lo que con claridad, en parte con preguntas y respuestas, en breves páginas que no obstan para que la materia sea tratada con la debida extensión, enseña en este opúsculo, que de veras recomendamos, su celoso autor.

Diálogos jurídico-populares, crítica del proyecto de ley de Asociaciones, ante el Derecho natural, la palabra de Dios, los cánones, la Constitución, el Concordato, la política, la democracia y la libertad, por el Dr. D. Federico Santamaría Peña, Pbro., opúsculo de 50 páginas. Precio, 20 céntimos ejemplar. Madrid. Parroquia de las Peñuelas.—Es opúsculo destinado á formar opinión popular contra el disparatado proyecto de ley de Asociaciones que nos amenaza; está escrito en estilo sencillo y forma dialogada: evidencia los abusos y contrasentidos en que abunda el proyecto: creemos que su difusión hará mucho bien.

Flos Sanctorum de la Compañía de Jesús. Comprende las vidas de todos sus Santos y Beatos, ilustradas con otros tantos grabados, y acompañadas de piadosas reflexiones y de las oraciones litúrgicas de la Iglesia, por un Padre de la misma Compañía. Un volumen de 150 págs., 1'25 ptas. rústica, y 1'75 tela. *Tipografía Católica*. Barcelona.

Las vidas de los Santos enseñan y mueven á ser santo: ellas fueron uno de los medios de que se valió el Señor para hacer santo á San Ignacio de Loyola. De los Santos y Beatos de la Compañía de Jesús se han escrito muchas y extensas vidas, pero faltaba un compendio popular, un libro que en breves páginas las resumiera todas.

Esto es el *Flos Sanctorum de la Compañía de Jesús*, libro correctamente escrito y que respira la más acendrada piedad, siendo buena prueba de ello el haberse dignado el excelentísimo é ilustrísimo señor Arzobispo de Buenos Aires, ciudad donde reside el autor, enriquecer su lectura con indulgencias.

Léanlo los padres y háganlo leer á sus hijos que, interesantes estas vidas como la mejor de las novelas, en vez de exal-

tar como éstas la infantil imaginación, la deleitará con ejemplos de virtud heroica, la guiará por las veredas que hacen amable lo bueno, y despertará en el corazón el deseo de ser santo, de imitar las virtudes de los Santos. Buenísimo es también como premio, pues enseña el espíritu de San Ignacio de Loyola, que es el de su hija la Compañía de Jesús, por medio de la lectura amena de las vidas de aquellos de sus hijos beneméritos que, practicándolo en grado heroico, han merecido el honor de los altares.

Dentro de la economía de su precio la obra ha sido editada con cierto lujo por esta *Tipografía Católica*, un artístico grabado encabeza la vida de cada Santo, y encabeza el libro hermosa reproducción del cuadro del H. Coronas, S. J., *Regina Societatis Jesu*, impreso en excelente papel couché.

El Santísimo Rosario. Modo práctico de rezarlo, novena, cánticos, instrucciones y principales indulgencias, por el Padre Juan Casas, O. P.—2.^a edición.

Enseñar prácticamente á rezar el santo Rosario como lo rezaban nuestros padres, que es como debe rezarse y como quiere la Iglesia que se rece. Contiene, además, una devota novena á la Virgen del Rosario, una instrucción sobre el Rosario y el sumario de las principales indulgencias con que está enriquecido. Lo recomendamos como excelente para pagar tan española y benemérita devoción.

Se vende á 10 cénts. ejemplar; 2 ptas. 25 ejemplares; 7 pesetas los 100; 25 ptas. los 500, y á 45 ptas. el millar. Los pedidos á la Administración del *Boletín del Rosario*: Almagro (Ciudad Real).

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para Hitoyoshi Higo (Japón).—Sor María Mercedes de S. Andrés

Rianjo. —D. Antonio Carracedo Viña, párroco..	10 Ptas.
» Luis Seco Collazo, coadjutor.....	2 »
» José Manuel Boo Romero, coadjutor	5 »
» Luis Seco Teijeiro	1 »
D. ^a Manuela Collazo.....	1 »
D. José Seco Collazo.....	1 »
» José M. ^a Martínez Muñiz.....	5 »
» Manuel Pérez García.....	1 »
» José Benito Vitorro.....	5 »
» Ramón Pérez Otero.....	5 »
» Manuel R. Insua.....	1 »
» Eladio Dieste.....	1 »
» Ramón Abeijón.....	1 »
D. ^a Elena Noya.....	1 »
» Dolores Araújo.....	1 »
D. Mariano Rodríguez.....	5 »
» José R. Nine.....	1 »
D. ^a Asunción Torrado.....	5 »
D. Lorenzo Castro.....	5 »

Para las Misiones más necesitadas

Mazarrón. —D. Ginés Morales, Pbro.....	100 Ptas.
Vergara. —C. S. T	25 »

Tipografía Católica, Píno, 5, Barcelona.—1911